



PLACER

Oral

Simona Coz

Una clase privada con mi instructor

Placer Oral

Una clase privada con mi instructor

Simona Coz

Copyright © 2018 Simona Coz

Todos los derechos reservados

Contenido

[Capítulo 1 - Consuelo](#)

[Capítulo 2 - Consuelo](#)

[Capítulo 3 - Jaime](#)

[Capítulo 4 - Consuelo](#)

[Capítulo 5 - Jaime](#)

[Capítulo 6 - Consuelo](#)

[Capítulo 7 - Consuelo](#)

[Capítulo 8 - Jaime](#)

[Capítulo 9 - Consuelo](#)

[Capítulo 10 - Jaime](#)

[Capítulo 11 - Consuelo](#)

[Capítulo 12 - Jaime](#)

[Capítulo 13 - Consuelo](#)

[Capítulo 14 - Jaime](#)

[EPIÍLOGO -Consuelo](#)

Capítulo 1 - Consuelo

Vale, así que no es tan malo como pensé que sería, aunque la adrenalina fluye por mi cuerpo como si me preparara para luchar contra un oso. Es la única explicación para la reacción de pelear o huir que estoy experimentando ahora mismo. Pero no, esto es solo un sex shop.

La verdad esto es mucho mejor de lo que esperaba. En mi cabeza tenía esta imagen de un lugar oscuro con la decoración de la guarida de Drácula, con cadenas y consoladores colgando del techo, pero ahora mirando alrededor, me avergüenzo de cuántas veces caminé arriba y abajo por la calle antes de permitirme entrar. Mi corazón todavía late con fuerza y me siento incómoda como el infierno, pero debo reconocer que la tienda es bonita. Todo son vitrinas de cristal y música divertida. Me recuerda a una tienda de accesorios de belleza por la forma en que está diseñada, excepto por todos los juguetes sexuales....

Saco mi teléfono para comprobar la hora de la clase. Todavía es temprano. Eso significa que debo seguir caminando por la tienda mirando torpemente cosas que nunca he pensado en usar. Después de vagar unos momentos, me detengo junto a una exhibición de productos con el logo de Pleasure Chest, que consiste en un par de piernas enredadas eróticamente, y un pequeño letrero que dice lo que hay dentro. Mis ojos se fijan en uno llamad—. Kit para una mejor mamada. —y resoplo en voz alta. Ojalá fuera tan fácil.

Me alejo de ese mostrador rápidamente, tratando de ignorar la puñalada de dolor y tristeza que acompaña al pensamiento. Dario se habría reído, y no porque pensara que el kit fuera gracioso, sino porque habría pensado que era una buena idea. Que necesito ayuda. Su burla me sigue doliendo.

Salió de nuestro apartamento hace 23 días sin previo aviso. Cuando le pregunté por qué, se rió. Prácticamente fue una risa de súper villano de las películas.

—Es el sexo, Consuelo. Es... bueno, apesta. —Se volvió a reír—. Necesito una mujer que sepa qué hacer con su boca y no que actúe como si fuera la primera vez que toca un pene. No me malinterpretes. El resto también es terrible, pero una buena mamada puede hacer la diferencia.

Traté de decir que podría mejorar. Que podría aprender. Que no acabara con nuestra relación por algo que se podía arreglar. Pero antes de que pudiera

decir algo, él continuó.

—Consuelo, no te engañes. El resto de ti no compensa lo terrible que eres en la cama. —Y luego se fue. Honestamente, no lo entendí, y sigo sin entenderlo. Pensé que éramos felices. Hasta entonces había sido dulce y nunca dijo nada sobre no estar satisfecho.

Así es como terminé aquí. Una noche de borrachera solitaria terminé buscando clases de sexo y finalmente tropecé con una clase mamadas. En ese momento parecía la solución perfecta, pero ahora estoy aquí, de pie en una habitación llena de penes de silicona lamentando mi decisión. Solo espero que nadie vea mi cara.

Me arrastro de vuelta al presente, tratando de alejar el dolor de las palabras de Dario. Realmente pensé que venir aquí sería una buena idea, que ya me había recuperado lo suficiente como para levantarme y seguir adelante, pero ya no estoy tan segura. Si una exhibición en un sex shop puede hacer que mis emociones se disparen así, ¿Estaré realmente lista para seguir adelante?

—¿Puedo ayudarte a encontrar algo?

Salté hacia atrás asustada por la voz y golpeé directamente un estante. En cámara lenta vi con horror como consoladores de todos los tamaños y colores y las cajas detrás de ellos caían al suelo en la cadena de dominós más pornográfica del mundo. Oh, Dios mío. ¿Qué acabo de hacer?

Miré a mi alrededor y encontré a un hermoso hombre asiático con un delantal negro mirándome a mí y a los restos de la estantería, con una expresión de sorpresa estampada en su cara. Su cabello está peinado hacia atrás y noto que tiene lindos pómulos, pero eso es todo lo que puedo observar antes de mirar hacia otro lado, porque estoy tratando de no derretirme de la vergüenza. Mi cara es de un rojo brillante y puedo sentir el calor del rubor que irradia de mí. Me inclino para ayudar a ordenar el desastre y me sonrojo más porque de repente estoy sosteniendo dos consoladores frente a un completo extraño.

Él se agacha y empieza a recoger las cajas, enderezando el estante y volviéndolas a poner en su sitio.

—Lo siento mucho. —me las arreglé para decir en voz baja, con la esperanza secreta de que se abra un agujero en el suelo y me trague.

—¿Primera vez aquí?

—Sí, lo siento, de verdad. —Puse los juguetes en el estante—. Es primera vez que visito una tienda como esta.

Busqué en su delantal una etiqueta con su nombre, pero no vi ninguna. En vez de eso, hay un botón redondo que dice ‘Maestro de traseros’. Siento que el rubor me sube por el cuello con todas las tonalidades que podría tener.

—Está bien, tranquila. —dice—. Puede ser raro la primera vez. Hasta yo me puse nervioso la primera vez que vine aquí.

—Es bueno saberlo. —dije e intenté reírme un poco.

—¿Buscas algo específico? Tal vez pueda hacerte algunas sugerencias. —Me guiñó el ojo y me sonrojé de nuevo, apresurándome a levantarme y poner la última de las cajas de vuelta en el estante.

—En realidad estoy aquí por la... um... la clase. —Su rostro se iluminó.

—¡Perfecto! Te llevaré.

Busco mi celular otra vez para ver la hora, asegurándome de no dejar un mar de penes en el suelo otra vez.

—Creo que te va a gustar mucho. —dijo mi guía turístico mientras me llevaba a la parte trasera de la tienda donde visualicé una zona con cortinas de color rojo exuberante—. Es una buena clase. Desafortunadamente, nuestra profesora habitual, Carmen, está enferma.

Una punzada de decepción me atravesó. Entonces, ¿Se canceló la clase? Me di cuenta de que la deseaba más de lo que había pensado bajo toda mi ansiedad. Supongo que pensé que sería un buen paso para ayudarme a superar lo de Dario.

—Pero no te preocupes. —continuó—. Consiguió que alguien viniera a remplazarla. Estoy seguro de que será genial.

Me dio unas palmaditas en el hombro mientras me dejaba en la entrada.

—¡Diviértete!

Por un segundo pensé en irme. Quiero decir, no es la verdadera profesora, así que no es la experiencia real. Así que tal vez debería volver a su próxima clase y asegurarme de que aprenderé correctamente. Pero si me voy ahora, sé que me arrepentiré. Pasaré el resto de la noche castigándome por lo gallina que soy. De todas maneras, siempre podré volver a la siguiente clase si siento que ésta no fue lo suficientemente buena. Enderecé mi columna y levanté la barbilla, y pasé más allá de la cortina.

Ya hay algunas mujeres sentadas en las sillas, esperando. Todo el mundo parece estar relajado, mucho más relajado que yo. Esto no es gran cosa. No estoy sola. Puedo hacerlo. Puedo aprender. Aplastando mi torpeza y ansiedad, tomé asiento en la segunda fila. No quiero estar demasiado adelante o atrás, simplemente quiero mezclarme estratégicamente. Esto es casi como

elegir un nuevo asiento al comienzo del año escolar.

Reviso nuevamente la hora, y aún me quedan unos minutos. En la parte delantera de la clase hay una mesa larga, y en ella veo una variedad de juguetes sexuales, incluyendo algunos consoladores y vibradores. Esto es una clase de sexo oral y no estoy segura de para qué se usarán, aunque no estoy segura de querer averiguarlo. Oh, Dios, sería estúpido que nos hicieran practicar con eso, ¿Verdad?

Hay un caballete con el título de la clase escrito en colores brillantes y letra cursiva: ¡Mamadas y más allá! También hay un beso dibujado y un lápiz labial. Me pregunto qué es lo que significa 'más allá'. No leí el resumen de la clase en tanto detalle y todo lo que recuerdo que decía era que me encantaría. Pero ahora, mirando esos consoladores, estoy pensando que debería haber leído más de cerca y asegurarme de que no había un aspecto práctico en la clase.

De cualquier modo, debo confesar que estoy menos preocupada de que me guste y más preocupada de que a mi próxima pareja le guste. Si alguien más reacciona de la forma en que lo hizo Dario, no creo que pueda soportarlo. Aunque sus palabras fueron una mierda, me siento terrible porque tuvo que fingir que fue feliz durante tanto tiempo. Siento no haber visto el problema antes y no haberlo solucionado. Si lo hubiera hecho, tal vez seguiríamos juntos.

Unas cuantas mujeres más han entrado en la habitación y las sillas están casi llenas. Es hora de empezar la clase, pero no hay señales de nuestra profesora sustituta. Vuelvo a revisar mi teléfono por costumbre, notando que todavía siento una punzada cuando descubro que no hay ningún mensaje de Dario. Realmente no espero ninguno, pero hay una parte de mí que todavía tiene la esperanza. Me dispongo a borrar algunos correos electrónicos de spam cuando escucho un grito ahogado de una de las otras mujeres, y un silencio colectivo cae sobre la pequeña habitación.

Levanto la vista y me encuentro con uno de los hombres más guapos que he visto. Incluso en mi cabeza suena ridículo, pero realmente lo es. Lleva botas y jeans, una camisa con un par de botones desabrochados y las mangas enrolladas. Parece que estaría mucho más cómodo sin camisa, con un hacha en la mano cortando un árbol. No sé si alguna vez he encontrado a alguien que encarne la esencia del hombre, pero en este chico la testosterona prácticamente sale en olas. Su cara es salvaje, como si perteneciera a la naturaleza y no hubiera sido domado. Se ve feroz, áspero y algo tiembla en el

fondo de mí. Luego sonrío y se le ilumina toda la cara. Siento que el aliento abandona mis pulmones. En una fracción de segundo pasó de ser salvaje a cálido y encantador, pero igualmente bello. Me mira con esa sonrisa, y de alguna manera, siento que solo me mira a mí. Siento que todo mi cuerpo se vuelve gelatina. Incluso desde esta distancia puedo decir que sus ojos son de un peculiar tono de azul oscuro.

—Lamento llegar tarde, señoritas. —dijo, con una voz profunda y áspera, que encaja perfectamente con ese exterior salvaje—. Ya saben cómo es el tráfico en Los Ángeles.

Hay risas dispersas de todas las mujeres de la habitación.

El chico avanzó a la parte delantera de la habitación y se apoyó casualmente en la mesa—. Mi nombre es Jaime Pettersen, y hoy seré su instructor..

Capítulo 2 - Consuelo

—Sé que no soy exactamente a quién esperaban. —dijo, y estallaron más risas—. Pero haré todo lo posible para reemplazar a Carmen de buena manera.

A mi alrededor, las mujeres bullían en un ataque de susurros. Oía fragmentos de palabras como caliente, sexy, maldición. Y mierda, era cierto, porque en ese momento Jaime se volvió hacia el caballete en busca de algo, y el resto de nosotras de repente tuvimos una vista espectacular de su trasero. Y era un lindo trasero. Sus jeans lo abrazaban a la perfección, y aunque nunca he sido una chica de culos, él podría convertirme.

En ese momento oí una voz detrás de mí—. Incluso si no haces un buen trabajo rellenando la clase, estás haciendo un gran trabajo rellenando esos jeans.

Las asistentes reían a carcajadas cuando Jaime se dio la vuelta y nos sonrió—. Vaya, gracias.

Lo intento.

Otra voz—. Estaría dispuesta a tomar clases particulares.

—¿En qué? —Jaime se rio, mostrando la primera imagen en el caballete sobre la anatomía del pene.

—Lo que sea que estés dispuesto a enseñarme. —dijo una chica en primera fila.

Una sensación de incomodidad se instaló en mi estómago mientras él le guiñaba el ojo agradeciéndole el interés. Sí, Jaime es sexy. Pero la forma en que se deleita por la atención me recuerda a Dario. Aunque Dario nunca me engañó, siempre coqueteaba implacablemente, disfrutando de la atención y de su estatus de hombre atractivo.

Volviendo al presente, aprender algo tan íntimo de alguien tan sexy sólo me pone más nerviosa. Aunque no lo vuelva a ver, no quiero que me recuerde como esa chica tan patética que tuvo que tomar una clase de mamadas.

Otra ola de risas me saca de mi espiral de pensamiento, y me doy cuenta de que me he perdido algo. Jaime se está riendo, y mientras lo hace, me mira directamente a mí. Su risa brota dentro de mí, y siento mi cuerpo encenderse. Por dentro le doy una bofetada a mi cerebro para que deje de amar lo guapo que es. Alguien le hace una pregunta—. ¿Normalmente enseñas este tipo de cosas?

—No, esto es lo más alejado de lo que hago normalmente.

—¿A qué te dedicas? —Es la chica de la primera fila otra vez. Está jugando con su pelo alrededor de su dedo—. Cuéntanos la historia de tu vida.

Jaime se ríe nerviosamente. —No es muy interesante. Estuve en el ejército hasta hace dos años. Ahora tengo un pequeño gimnasio de escalada en roca aquí en la ciudad con un par de amigos. También hago visitas guiadas y entreno a la gente para escalada en roca, excursiones a la naturaleza y rafting en aguas rápidas.

Eso explica la forma en que está esculpido su cuerpo. No tiene que quitarse la ropa para que veamos eso, lo que podemos ver de sus brazos debajo de su camisa arremangada es suficiente para darnos una imagen.

—¿Cómo conoces a Carmen? —pregunta otra chica.

—Es una amiga. —Él sonríe—. Una amiga muy desesperada que había intentado con los demás. Créanme, fui su última opción.

Una chica al otro lado del pasillo levanta la mano y él la señala—. Espero que no te moleste que te pregunte. —dice ella—. ¿Pero eres gay? Quiero decir, ¿De qué otra forma sabrías cómo hacer una mamada?

La cabeza de todas las mujeres se inclina hacia él, y me agarra un repentino terror irracional de que sea gay. Por favor, no dejes que sea gay.

Jaime se ríe profundamente y parece llenar la habitación de alegría—. Ese es un punto justo —dice—, y podría decirse que un hombre gay probablemente hubiera sido una mejor opción para enseñarte hoy. Pero no, soy heterosexual. Lo mejor que puedo hacer es contarles lo que disfruto. Ningún hombre es igual, pero algunos de los consejos que puedo darte son probablemente universales.

—¿Deberíamos tomar notas? —pregunta la chica de primera fila.

Jaime se apoya de nuevo en la mesa—. Sólo si quieres. Bien, hablemos de lo básico: posición. Hay muchas posiciones excelentes para una mamada, y todas tienen sus beneficios. Probablemente hay tantas posiciones como personas, así que sólo mencionaré las que creo que son más comunes. —Se gira hacia el caballete, pasando el diagrama del pene y un par de notas—. Carmen dijo que tenía algunos diagramas. Oh, aquí.

Voltea la página y revela una ilustración de dos figuras, una azul y otra rosa. La figura femenina está de rodillas frente a la masculina, no hay duda de lo que está haciendo. Pienso en la última vez que estuve en esa posición y me estremecí. Veo que esta clase va a ser un ejercicio de vergüenza. Pero de nuevo, ya he tirado una estantería de penes falso, y no creo que haya algo

peor.

—Tener al hombre de pie es probablemente lo más común. Nos encanta porque nos da una gran vista de ti, especialmente si estás desnuda. —Sus ojos me miran y siento que un rubor automático se eleva en mis mejillas—. Esta es una buena posición porque realmente cualquiera de las partes puede tener el control.

Jaime voltea la página, y la figura masculina está ahora sentada, la cara de la hembra enterrada en su regazo—. La posición del hombre sentado es genial para relajarse. Nos encanta porque en el fondo, los chicos somos un poco perezosos y esto significa que no tenemos que hacer nada. —Se ríe un poco, y las chicas a mi alrededor lo siguen.

Vuelve a voltear la página, y hay dos ilustraciones que hacen juego. En la primera ilustración, la figura femenina está acostada en una cama sobre su estómago y en la otra está sobre su espalda.

—Cuando una mujer se acuesta para una mamada puede ser bueno por muchas razones, pero esta posición también requiere mucha más confianza entre las parejas, porque el hombre está claramente en control. Este es un buen ángulo si tu chico lo está buscando —aclara su garganta—, empuja más profundo.

Una mano se levanta y habla una mujer morena que se ve mayor que el resto—. ¿Cuál es tu posición favorita y por qué?

Sonríe, y por una fracción de segundo creo que vi alguna duda o incomodidad. Pero desaparece rápidamente y vuelve a ser encantador—. Sentado siempre ha sido mi favorita. —dice—. pero no porque sea perezoso. En esa posición, las dos personas están más cerca entre sí y hay más contacto físico. Siempre me ha parecido más íntimo. —Entonces se ríe entre dientes—. Dicho esto, las otras dos también me gustan.

Hay un pequeño silencio, y Jaime no parece saber adónde ir después. La morena de primera fila habla—. Dijiste que nos dirías lo que disfrutas. Así que adelante. Describe tu mamada perfecta.

—Si crees que eso sería de ayuda. —dice.

—Realmente lo sería. —dice la misma mujer que hizo el comentario sobre sus jeans. Creo que será útil para todas las mujeres que van a tratar de quitarle sus pantalones, que en mi último recuento, son todas.

Me siento como si todas en la sala -excepto yo- se inclinaran un poco hacia adelante, deseosas de escuchar lo que sigue.

Se aclara la garganta—. Bueno, como dije antes, la posición sentada es

mi favorita. Lo primero que diré es que me gustan las mujeres que se toman su tiempo. Digan lo que digan de nosotros, a los hombres nos encanta sentir que la mujer está adorando nuestro cuerpo. Como si no hubiera nada que preferiría hacer en ese momento más que darte placer. —Sonríe, y sus ojos se posan sobre mí—. Estoy seguro de que las mujeres también se sienten así.

Hay sonidos de asentimiento en la habitación. Me resulta muy difícil apartar la mirada de él.

—Oh, y estar desnuda es siempre una ventaja. Me encanta poder mirar todo el cuerpo de una mujer mientras me da sexo oral. Me ayuda a imaginar lo que le haré más tarde. —Hay algunas risas, pero menos, toda están atrapado en sus palabras—. En cuanto a tomarse su tiempo, prefiero que la mujer no salte con la boca de inmediato. Prefiero que me tome con sus manos, me de masajes, asegurándose de que esté lo más duro posible antes de que su boca me toque. Entonces que empiece despacio. Que use la lengua sólo en mi eje, con golpes largos y lentos en la parte inferior, y pequeños golpes rápidos en los lados y debajo de la cabeza.

A pesar de mi nerviosismo, mi cuerpo responde a sus palabras. Siento que el calor y la anticipación fluyen hacia abajo hacia mi centro, y en el ojo de mi mente puedo ver lo que él está describiendo.

—Me encanta cuando una mujer se toma el tiempo de explorar mis testículos llevándoselos a la boca, uno y luego el otro. Se siente increíble. Finalmente, me gusta que me ponga la boca encima, chupando fuerte desde la punta. Me gusta que jueguen con la lengua mientras me chupan. La combinación de sensaciones es difícil de explicar.

Mi imaginación ha llegado demasiado lejos para detenerse. Estoy de rodillas frente a él, desnuda, llevándolo a mi boca tal como él lo describe. Su pene es recto y perfecto y no quiero nada más que hacerle sentir increíble, para demostrar que soy buena en esto. Que no soy un fracaso sexual. Cerrará los ojos y gemirá mientras lo llevo más profundo.

—Después de ese primer contacto, me gusta una combinación de cosas. Quiero un buen ritmo que me haga sentir como si estuviera cogiendo con tu boca. Quiero que sigas usando tu lengua para jugar conmigo. Y por supuesto, quiero que me lleves lo más adentro que puedas por tu garganta. No hay nada más caliente que ver tu pene desaparecer en la boca de una mujer hermosa. —Sus ojos me miran de nuevo y me sonrojo. Tiene que saber que me estoy imaginando todo esto. Debe saber de alguna manera que quiero eso. Quiero llevarlo a mi casa y ponerle la boca encima, verlo jadear de placer.

—Después de eso, depende de ti. Estoy en tus manos, y quiero que hagas que dure el mayor tiempo posible antes de que yo acabe. Y quiero que te lo tragues —dice—. Tragar es aceptación absoluta. Es un compromiso total con el placer que acabas de dar. Creo que es por eso que la mayoría de los hombres lo prefieren. También me encanta cuando una mujer me mira mientras me lo chupa. Ese contacto visual es excitante.

Me imagino ese contacto visual. Sus ojos azules sobre los míos cuando su pene está en mi boca, mientras lentamente le doy el placer que él quiere. Estoy mojada, y no puedo creer que esté tan excitada ahora mismo. Me muevo en mi asiento, avergonzada por el impacto que están teniendo sus palabras. Espero que no sea tan obvio como parece. La única cosa más mortificante que chocar contra una exhibición de penes sería tener un orgasmo en medio de esta clase.

—¿Alguna pregunta? —pregunta riendo y luego aclara—. No tiene que ser sobre lo que acabo de describir.

—Tengo una. —Dice una chica detrás de mí que no había hablado hasta ahora—. Mencionaste que usemos las manos para... —Se tambalea—. ...para que un hombre se ponga duro. Bueno, tal vez suene estúpido, pero siempre tengo miedo de hacer eso porque creo que voy a hacerle daño. ¿Podrías explicarme cómo hacerlo bien?

—Claro. —Jaime sonrío—. Te diré una cosa, tu boca puede ayudarte en eso. Es más fácil cuando todo está más húmedo. —Mira detrás de él a la mesa llena de juguetes—. Es bastante fácil de mostrarte, pero necesitaré que alguien venga a ayudarme a demostrarlo.

La mitad de las manos en la habitación se disparan al aire. Mantengo mi mano abajo, la imagen de él y yo está demasiado fresca en mi mente. Mi cuerpo todavía está tan excitado que no estoy segura de poder caminar derecha de todos modos. Jaime sonrío a todas las voluntarias. Luego me mira directamente a mí—. ¿Qué hay de ti?

Mierda.

Capítulo 3 - Jaime

La rubia de la segunda fila se puso escarlata cuando la llamé.

Hasta ahora, esto ha sido interesante.

No estoy muy seguro de cómo se supone que debo enseñar a alguien a hacer una buena mamada, sin haberla hecho nunca. Estoy seguro de que hay buenos consejos que Carmen daría y que me estoy perdiendo por completo. Sólo espero estar lo suficientemente bien para la segunda parte de la clase.

Carmen me advirtió que todas en la clase tratarían de seducirme y no se equivocó. Reconozco la mirada hambrienta de algunas de estas mujeres. Y hubo un tiempo en el que habría respondido a eso, aprovechando la lujuria de tantas mujeres. Pero no mentí cuando les dije que disfrutaba de la intimidad de esa posición. Estoy cansado de follar sin sentido y despertarme al lado de alguien que no recuerda mi nombre.

Eso es lo que no les dije sobre mi tipo favorito de mamada, que es diez veces mejor si te la hace alguien que te importa. Pero ha pasado mucho tiempo desde que tuve eso, y es lo que quiero. Así que hago todo lo posible para evitar a las mujeres que me miran como lo hace la morena de la primera fila.

La única persona que no me mira así es la rubia que camina hacia mí, tratando desesperadamente de no mirarme. No he podido dejar de mirarla desde que entré. Una bomba. Así es como la describiría. Es como la clásica chica de California con muchas curvas. Piel bronceada y pelo de miel que juraría que nunca ha estado cerca de la lejía. La recorro con mis ojos desde arriba a abajo mientras viene a pararse frente a mí. Mi pene responde a ella automáticamente, y ajusto mi postura para que no sea obvio. Me encantaría tener mis manos en esas curvas.

Extiendo mi mano hacia ella—. ¿Cómo te llamas?

Ella toma mi mano, dándome un apretón inesperadamente firme—. Consuelo.

—Encantado de conocerte. —le dije.

Ella asiente con la cabeza, la incomodidad se le escapa en oleadas. El impulso de hacer que se relaje es abrumador. Pongo mi mano en la parte baja de su espalda, guiándola más cerca de la mesa—. Tenemos muchos juguetes aquí. —le digo—. Ayúdame a repartirlos, y luego podrás ayudarme a demostrarlo.

—De acuerdo. —No me ha mirado a los ojos ni una vez. Agarra un par de consoladores y se los da a las chicas de la primera fila. Yo también me cohíbo un poco, sonriendo ante la risa nerviosa que surge cuando les doy un pene falso. Algunos de estos son un poco escandalosos. Su forma y tamaño varían de suave y pequeño a enorme y dolorosamente realista. Y sin mencionar los colores, algunos de los cuales son de color carne, otros más como un arco iris.

Cuando todas las chicas tienen uno y Consuelo está de vuelta en la parte delantera de la habitación, sólo quedan un par de juguetes. Un vibrador azul que tiene forma de crestas y parece casi serpentina, y un consolador realista, todavía en su empaquetamiento, que parece un caramelo. Es un remolino de color rosa, azul y naranja, y el nombre en el paquete me dice que se llama Mustang. Sonríó interiormente. Es un buen nombre para un consolador.

—Escoge tu veneno. —le digo a Consuelo, señalando los juguetes. La mirada que le da al azul casi me hace reír. En cambio, señala el Mustang—. Buena elección. —digo—. Este se llama Mustang, así que te dará un buen viaje.

Me quita el paquete y lo mira—. Me gustan los autos, tal vez me deje seducir.

Mi risa es repentina y fuerte. Nunca hubiera imaginado que me daría una respuesta—. Me parece bien. —digo, recuperando el tubo y abriéndolo. Saco el consolador y quedo gratamente sorprendido por la sensación. Es suave, similar a la sensación de la piel y con una resistencia como la de un pene de verdad.

Me acerco, tomo a Consuelo por el hombro y la acerco, cara a cara. Sostengo el consolador frente a mí, mirando hacia afuera como lo haría un pene de verdad. Aunque lo tengo delante de mi estómago. No quiero que sus manos se acerquen a mi pene real ya que parece ansioso por emerger cada vez que la miro.

Levanto una ceja en cuestión—. ¿Lista?

Respira profundamente—. Claro.

No sé por qué está tan nerviosa, pero no voy a hacer preguntas—. Bien, usaré a Consuelo para mostrar un par de ejemplos de cómo hacer que un tipo haga esto. En primer lugar, los penes no son tan frágiles como crees. No tengas miedo de usar algo de presión. Nos gusta eso.

Alcanzo la mano de Consuelo, y por primera vez desde que llegó aquí me mira a los ojos. Veo lo que no pude de lejos, sus ojos son verdes. Un

verde cálido y hermoso que complementa su piel y le da vida a su rostro. Parece tan insegura, y me pregunto qué la puso tan nerviosa por algo así. Alguien tan guapa como ella no se debería poner nerviosa por una paja, especialmente una falsa. Le doy mi mejor sonrisa encantadora, tomando su mano, y envolviéndola alrededor del consolador en mi mano.

Trato desesperadamente de no imaginarme su mano envuelta alrededor de mi pene real, y fallo miserablemente. Me tomo un momento para apretar los dientes y controlar mi pene. Mantengo mi mano encima de la suya, moviendo lentamente su mano de un lado a otro sobre el consolador—. Usa toda la mano para tirar del eje, desde la base hasta la punta y de vuelta. Hay cientos de variaciones en esto. Aprieta. —Aprieto su mano debajo de la mía—. Gira la mano mientras te mueves. —Le tuerzo la mano.

—Puedes aislar un par de dedos en un círculo para acariciar la cabeza. —digo—. Eso es divertido. O usa ambas manos. —Levanto la otra mano de Consuelo para que se una, envolviendo sus dedos para que el brillante consolador casi desaparezca. Me mira y estamos tan cerca que veo sus pupilas dilatarse. Daría lo que fuera por saber lo que está pensando en este momento.

—De acuerdo. —digo—. En parejas y a practicar. Tomen turnos para agarrar y acariciar. —Oigo algunas risitas dispersas por ahí—. Vendré en un par de minutos y les daré consejos.

Miro hacia abajo a Consuelo, moviendo mis manos hacia atrás, así que sólo estoy sosteniendo la base del consolador—. ¿Por qué no lo intentas? —Lo digo en voz baja. Un suave rubor llega a sus mejillas, pero no dice que no. En su lugar, lentamente comienza a mover sus manos hacia arriba y hacia abajo por el colorido pene. Demasiado despacio—. Estás nerviosa.

Ella me mira sorprendida—. No.

—Mentirosa. —digo—. No tienes que estar nerviosa.

—No lo estoy. —insiste, dando un paso atrás. La guio con una mano en el codo, y ella salta al contacto.

—¿Entonces por qué me masturbas en cámara lenta? —Pregunto—. Puedes ir más rápido que eso. —Sus ojos se entrecerraron un poco, y se acelera, pero puedo decir que apenas lo está tocando. Enrollo mi mano alrededor de la suya otra vez, igualando su velocidad, forzándola a agarrar el consolador con más fuerza—. El pene no está hecho de cristal. Puedes darle una buena paliza.

Algo chispea en sus ojos, y ella trata de quitar sus manos del consolador.

No se lo permito—. Esto no se parece en nada a hacerlo en la cosa real. —dice.

—Bueno. —le digo en voz baja—. tal vez deberías usar tu imaginación. —Miro al consolador y siento que hay algo que la detiene—. Confía en ti misma para estar en el momento. Eres una mujer hermosa, y cualquier hombre mataría por tener tus manos sobre él. Nada es más sexy que la confianza, así que tómate un minuto para imaginarlo —Le doy una sonrisa—. O, si eso no funciona, ese Mustang que tienes en la mano se parece bastante a mi tamaño... —La miro de nuevo—. Es broma, no es de mi tamaño.

Consuelo se ruboriza de rojo brillante y su piel se enrojece desde el cuello hasta las raíces de su cabello, y de nuevo me pregunto en qué está pensando exactamente. Ella me mira de nuevo, y ahora hay calor en esos ojos. Puedo imaginarme cómo se verían mientras yo la hago gemir.

—Jaime, ¿puedes ayudarnos aquí? —La voz de la morena irrumpe en mis pensamientos, y Consuelo se aleja de mí, volviendo a su asiento.

Hay más en ella de lo que parece, eso es seguro. Ahora me alegra haber dicho que sí a dar esta clase, pero estaré aún más agradecido cuando termine y haya tiempo para una mejor conversación. Uno contra uno.

Capítulo 4 - Consuelo

Prácticamente me tropiezo al volver a mi silla, todo mi cuerpo vibrando con tensión, ansiedad y excitación. Si pensaba que imaginar que estar con él era poderoso, estar cerca de él era mucho peor. Más que eso, cada vez que me tocaba sentía como si mi piel cobrara vida con un hormigueo. Quería que se detuviera y se siguiera al mismo tiempo, porque que me ayudara a masturbarme con un consolador fue mortificante. Un consolador que aún está en mi mano.

Miro al consolador de colores brillantes y me sonrojo de nuevo. Mientras lo toques, serás la dueña de su placer. En el momento en que me dijo que me imaginara que era su pene el que estaba sosteniendo, que le estaba dando ese placer, me sentí más que avergonzada por lo mucho que me gustaba ese pensamiento. Me mojé sólo de pensarlo. Mirándolo ahora, me imagino tomándolo en mi mano, haciéndole los mismos movimientos, viendo sus ojos revolotear cerrados mientras lo aprieto. Un choque de anhelo me atraviesa, inesperado y fuerte. Lo quiero a él.

Y eso es aterrador.

Actualmente está ayudando a la chica de la primera fila que estaba coqueteando con él. Tendré que pasar por delante de él de nuevo para volver a dejar el consolador, y no sé si mi cuerpo podrá soportar estar tan cerca de él de nuevo. Lo meto en mi bolso, queriendo quitarme de la mano la tentación de la imaginación. Lo devolveré antes de irme. Veo a Jaime acercarse a una mujer detrás de mí, sonriendo y guiándola a través de los mismos movimientos que hizo conmigo. Pienso en lo que sería tener esas manos sobre mí de nuevo, sólo que no sólo en mis manos, sino en todas partes.

Una idea florece en mi mente. Probablemente sea una estupidez, dada la razón por la que estoy aquí, ¿pero sabes qué? A veces necesitas ser estúpida. Y creo que mi tipo de estupidez es tener una aventura de una noche con el profesor de sexo. Definitivamente parecía interesado, la forma en que me miraba, la forma en que me tocaba y se burlaba de mí. Y no está mirando a nadie más así. Claro, las está ayudando y jugando, pero no es tan intenso como lo fue conmigo. Si juego bien mis cartas, sé que puedo llevármelo a casa. Esta es la parte en la que soy buena. El coqueteo, el comienzo. Incluso si lo arruino con el sexo, tal vez esto es lo que necesito para comenzar a deshacerme de Dario. Además, Jaime parece ser lo suficientemente bueno en

la cama como para compensar lo terrible que soy. Una terrible mezcla de ansiedad y anticipación se instala en mis entrañas.

Él mira hacia arriba en ese momento, mirándome a los ojos. Una lenta sonrisa se extiende por su cara, y esta vez yo le devuelvo la sonrisa. Sí, esto podría ser divertido. Sólo una noche, y eso es todo. Será un cliché total ser cogida por el profesor de sexo, pero no me importa. Necesito esto.

Espero mientras Jaime recorre la habitación prestando atención a todas las que lo necesitan, pero siento que sus ojos me miran en todo momento. Apenas consigo no mirarlo, mirando a hurtadillas cuando sé que está mirando hacia otro lado. Siento otro estallido de nerviosismo, y lo desestimo. No me inhibiré. Por una vez seré espontánea. Por una vez, voy a hacer algo que probablemente sea un error.

Para cuando ya ha visto a todas, el tiempo permitido para la clase está llegando a su fin. Jaime se dirige al frente de la sala—. Así que casi se nos acaba el tiempo. —dice—. pero volveré pasado mañana para la segunda parte, siempre y cuando Carmen siga enferma. Dejen los consoladores sobre la mesa y háganme saber si tienen alguna pregunta al salir.

Hay un pequeño aplauso y resuena el raspado de sillas cuando todas se ponen de pie. Me quedo sentada, esperando a que todas se vayan para preguntarle si quiere tomar algo. Pasan algunos minutos y las mujeres se siguen escurriendo con algunas preguntas fabricadas para hablar con Jaime durante más tiempo. No puedo culparlas, no cuando voy a hacer exactamente lo mismo.

Finalmente, la última mujer está haciéndole una pregunta, y yo me quedo de pie. Me quedo cerca de la pared, sin querer entrometerme, pero queriendo hacerle saber que estoy aquí. Es un buen equilibrio.

Tan pronto como ella se va, él se vuelve hacia mí—. Todavía estás aquí.

—Lo estoy.

—Esperaba que fueras la primera en salir. Supongo que ya no estás nerviosa. —Ahora está frente a mí, apiñado en mi espacio. Doy un paso atrás y presiono contra la pared. Su cuerpo roza contra el mío, y ese calor me atraviesa de nuevo, encendiendo mi piel y recordándome lo mucho que quiero que me toque.

Respiro profundamente para despejar mi mente, presionando mi ansiedad y concentrándome en lo que quiero—. Decidí que estar nerviosa no era lo mejor para mí. Especialmente si quiero aprender.

—Creo que podrías ser una buena estudiante. —dice, presionándome

suavemente contra la pared—. Estaría dispuesto a darte una clase privada. en cualquier tema que quieras.

Siento el roce de sus dedos contra mi mano, y él levanta mi muñeca hasta sus labios, chupando suavemente mi piel. Me doy cuenta de lo mojada que estoy de nuevo cuando imagino que me está chupando directamente el clítoris. Un pequeño sonido viene de mí, en la parte posterior de mi garganta, y Jaime me sonrío. Sabe cuánto lo quiero ahora mismo, y no me importa. Necesito esto, quiero que me folle sin sentido, sólo para hacerme olvidar.

Puedo sentir su pene contra mi pierna, duro dentro de sus jeans, y me alegro de no haberme equivocado al pensar que él también me quería a mí—. Creo que podrías ser un buen profesor. —le digo—. y te dejaré elegir las asignaturas como quieras.

Sus ojos se abren y me pone una mano en la nuca. Nuestras caras están tan cerca que estamos compartiendo el aliento, y sé que está a punto de besarme. Dios, quiero que me bese. Hace mucho que no beso a nadie más que a Dario, el tipo en el que se supone que no debería estar pensando.

—Sólo espero no necesitar demasiadas lecciones. —le digo. Tal vez si hago esa advertencia, no se horrorizará tanto por mi falta de habilidad sexual.

—No te preocupes, cariño. —dice—. No tienes que preocuparte por nada conmigo.

Me siento como si me hubieran tirado un cubo de hielo sobre la cabeza, y ya no estoy en un sex shop en Los Ángeles. Hace un año, en un bar de San Francisco, bailando con un chico en nuestra tercera cita, Brian. Es coqueto y un terrible bailarín, pero ya me gusta. Antes lo había visto hablando con una camarera, sonriendo hermosamente. Conocía esa sonrisa. Era la misma que usó conmigo—. No me vas a dejar por una camarera esta noche, ¿verdad? —Le pregunté.

—No te preocupes, cariño. —dijo, besándome—. No tienes que preocuparte por nada conmigo. Soy todo tuyo.

Y lo era. Hasta que no lo fue.

Pongo una mano en el pecho de Jaime, repentinamente agitado y con el corazón roto—. Esto es estúpido. —le dije—. Te conozco. Conozco a los de tu tipo, y pensé que podría hacerlo, pero no puedo.

Pasando al lado de él, prácticamente salí corriendo de la tienda. Me apresuro a llegar a mi coche antes de que tener una idea heroica. Esto apesta. Todo lo que quería era una noche de diversión. Una cosa que no me recordara a Dario y su traición y sus palabras. No imaginé que el tipo que elegiría sería

como él. Tal vez sólo tengo un tipo. Tal vez estoy destinada a ser la chica que se enamora del tipo terrible.

De cualquier manera, esta es la mejor decisión. No puedo pasar por lo que pasé con Dario otra vez. En lugar de una aventura de sexo de una noche, volveré al mecanismo de defensa que he estado usando durante las últimas tres semanas: helado y mala televisión. Dado lo mala que soy en el sexo, Jaime probablemente esquivó una bala al no seguir conmigo.

Debería considerarse afortunado.

Capítulo 5 - Jaime

¿Qué mierda acaba de pasar?

Miro a través de la puerta de cristal de la tienda mientras Consuelo se sube a su coche y se va, mi erección dolorosa contra mis jeans. No lo vi venir. Un segundo prácticamente me rogó que me la cogiera, y al siguiente me dice que no puede. ¿He hecho algo malo?

Repaso todo lo que he dicho y no encuentro nada en mis palabras que me parezca ofensivo. Tal vez presioné demasiado. Tal vez no estaba lista. Me ajusto la entrepierna. Bueno, mi pene no va a tener el ejercicio que pensaba para esta noche. Afortunadamente, tuve bastante práctica masturbándome en clase, porque parece que eso es todo lo que voy a hacer.

Después de hablar con el tipo que cierra la tienda, me dirijo a mi auto. Ya puedo decir que Consuelo va a estar en mi mente por un tiempo. Ha pasado un tiempo desde que traté de ligar con alguien, pero maldición, no pensé que me había vuelto tan malo.

Me dirijo a un restaurante cercano. Sé que Carmen viene mucho por aquí, y me muero de hambre. Además, creo que al paciente le vendría bien algo de comida. Mentiría si dijera que no tengo un motivo oculto y quiero preguntarle si Consuelo ha estado en alguna clase antes. Tal vez logre tener una pista de por qué huyó, y de si volverá. Pido una hamburguesa para mí y la sopa de pollo con fideos más grande que tienen para Carmen. También consigo algunas de las tostadas que sé que le gustan.

Pensé que podría ser demasiado incómodo o demasiado personal para decírselo a todas en clase, pero Carmen es la chica de mi mejor amigo. Sean ha sido mi mejor amigo durante años. Es el dueño del gimnasio con Ivan y conmigo, y entrenamos juntos. Está a cargo de una excursión de dos semanas en Colorado, una mezcla de aficionados y gente rica que está más interesada en tomar fotos que en escalar rocas reales. Él y yo tenemos un acuerdo tácito: me aseguraré de que Carmen esté bien mientras no esté. Si tuviera a alguien en mi vida, sé que haría lo mismo.

Así que, aunque sé que probablemente se enfadará conmigo, marqué el número de Carmen mientras estaba afuera.

—¿Hola? —Su voz se escucha seca.

—Estoy afuera con comida. ¿Quieres dejarme entrar o debo usar la llave? —Ella gime.

—Usa la llave madre gallina.

Me río cuando encuentro la llave escondida detrás de un ladrillo cerca de la puerta. Carmen está tirada en el sofá, con una terrible película de Lifetime.

—Pensé en llamar primero para que no pensaras que alguien estaba robando.

—Dudo que hubiera pensado que alguien robaba si hubiera oído la llave en la cerradura. —“Supongo que tienes razón. —le digo.

—¿Cómo estuvo la clase?

Puse la sopa frente a ella—. Tan buena como se puede esperar, dado que no sé cómo hacer una mamada.

—Tienes un pene. Y has tenido lo que estoy segura es un asombroso número de mamadas en tu vida. —Se ríe, y suena doloroso—. Estoy segura de que estuvo bien.

—Quería preguntarte si una mujer llamada Consuelo ha venido antes a una de tus clases.

La cara de Carmen se arruga y estornuda en un pañuelo antes de responder—. No me suena, ¿por qué? —Le hago una sonrisa de oveja y ella pone los ojos en blanco—. Te quieres follar a una de mis alumnas, ¿verdad?

—Antes de que digas nada, ella no es así.

—¿No es como el desfile de mujeres que regularmente se lanzan a tus pies? Jaime, toda la clase probablemente se te ofreció.

Me río—. Ella no lo hizo, al menos no al principio. Apenas me miró y parecía tan nerviosa que iba a vomitar. Intenté hablar con ella después de clase...

—Y por hablar con ella te refieres a abrumarla con tu hombría.

—Creí que le gustaba. Pero entonces se alejó. Dijo que conocía a mi tipo y salió corriendo de la tienda.

Carmen se acomodó en una posición sentada, alcanzando el recipiente de sopa—. ¿Quieres saber si la he visto antes para que puedas ubicarla? Incluso si la conociera, no te ayudaría a hacerlo.

Desenvuelvo mi hamburguesa y la muerdo—. Me gustaría asegurarme de que está bien. Parecía muy nerviosa de repente. Y tal vez pueda preguntarle qué le ocurrió.

—Mmm. —Carmen tomó un sorbo de la sopa.

—¿Sabe Sean que estás enferma?

Sumerge un trozo de pan tostado en la sopa y toma un bocado. No me

parece que esté tan buena, pero como sea.

—Sí, lo sabe.

—¿De verdad? —Entrecerré los ojos ante ella.

—Sí, él sabe que estoy enferma.

—Probablemente una pregunta mejor, ¿sabe lo enferma que estás?

—Sabes tan bien como yo que si supiera lo enferma que estoy, saltaría al avión y regresaría. Estoy bien. Estoy bien. Puede terminar el resto del viaje. Además, si sigues trayéndome sopa, estoy segura de que pronto estaré mejor. —Estoy a punto de protestar cuando vuelve a hablar—. Hazlo. Intenta decírselo. Incluso enferma puedo derribarte, Jaime Pettersen.

Le sonrío, disfrutando de su bravuconería, aunque sabemos que es una mentira descarada. Comemos en silencio unos minutos antes de que Carmen me mire—. Ha pasado un tiempo.

—¿Respecto a qué?

—Ha pasado un tiempo desde que estuviste con alguien.

—¿Me has estado investigando? —Pregunto, tratando de sacarla de este curso.

Vuelve a tapar el recipiente de la sopa, sólo a medio terminar—. Tu vida no es exactamente un secreto. ¿Estás bien?

—Carmen, sólo porque no esté en una relación no significa que esté mal.

—Basta Sean. —dice ella—. No puedes engañarme con esta mierda de macho. Te estoy preguntando si estás bien. No por el hecho de que no estés saliendo con alguien, sino porque sé de dónde vienes.

Envuelvo el resto de mi hamburguesa, se me quitó el apetito y mi estómago de repente me comenzó a doler. Sean y Carmen han estado juntos mucho tiempo, pero supongo que no me había dado cuenta de cuánto. Cuando regresé del extranjero, mi mente estaba tan destrozada por la guerra que me desquicié. No podía caminar por la calle sin pensar que alguien iba a saltar a atacarme, no podía respirar sin oler humo y fuego, no podía dormir sin soñar con gritos y sangre. Sean, Ivan y a veces Carmen fueron los que me volvieron a encarrilar. Me incluyeron como compañero en el gimnasio, me dieron tareas, me ayudaron a concentrarme en el mundo que me rodeaba tal como era en realidad y no como había sido. Me hicieron tratarme con ayuda profesional hasta que finalmente pude admitir lo que realmente estaba mal conmigo.

Poco a poco mejoré, pero nunca ha desaparecido. Llegué a un lugar

donde enterraría el dolor.

Lo entierro en mi escalada, en mis trabajos ocasionales, en las mujeres a las que follaría por una noche y luego me iría. Pero esas cosas no enmascaran realmente por lo que he pasado. Finjo que sí, y finjo que estoy bien. Nadie se había dado cuenta de que no lo estoy, hasta ahora. Las pesadillas desaparecieron por un largo tiempo, pero han comenzado a aparecer de nuevo. Por eso estoy tan agotado, por eso quiero intimidad en vez de sólo sexo. Cada vez que salía me encontraba sin interés con el mismo tipo de mujeres con las que había estado acostándome durante el último año y medio.

Luego entré a esa clase y vi a Consuelo. Por primera vez en mucho tiempo, mi cuerpo vio algo que quería. No estoy seguro de lo que eso significa, pero hace que el hecho de que ella me haya alejado sea aún más confuso, aún más decepcionante. Carmen todavía me mira expectante.

—No estoy genial. —le digo—. Pero estoy bien.

—¿Qué tan malo es?

Me encogí de hombros—. No estoy en las sombras—

—Pero...

—¿Qué quieres que diga? —Me aclaro la garganta—. Estoy en una fase descendente, pero mejorará.

Ella asiente con la cabeza—. Está bien. Te dejaré en paz. Pero sabes que estamos aquí para ti, ¿verdad? —Un ataque de tos estalla a través de sus palabras, pero entiendo lo esencial.

—Sí.

Empaco lo que queda de mi comida para llevármela a casa y me pongo de pie—. Deberías descansar. —le dije—. Quieres estar mejor para cuando llegue Sean y no se ponga furioso con lo enferma que estabas.

Ella gime—. Todo lo que hago es descansar.

—Termina la sopa. Te llamaré mañana.

—Bien. —Agarra el control remoto del televisor y se acurruca en sus mantas. Estoy a mitad de camino de la puerta cuando me llama—. Jaime. Si veo a esta chica. ¿Cómo se llamaba?

—Consuelo.

—Claro. —dice ella, sonándose la nariz—. Le hablaré bien de ti.

Me río un poco—. Gracias por eso. Y por lo otro.

—Cuando quieras.

Cierro la puerta detrás de mí, pongo la llave de repuesto detrás del ladrillo en el que estaba.

Consuelo. Pensar en ella aclara la oscuridad que acecha en mi cabeza. Es como ver un trozo de cielo azul en un día nublado. Sólo un atisbo de esperanza, un recordatorio de que las cosas no son necesariamente tan sombrías como crees que son. Dejé que me llenara la mente: su cabello rubio dorado y la forma en que sus curvas se apretaban contra mí. No tuve la oportunidad de explorar su cuerpo, pero quiero tener las manos llenas de ella.

Mi pene está de acuerdo, rugiendo a la vida, más duro de lo que ha estado en mucho tiempo. Es un corto viaje a mi casa, y estoy agradecido. Estoy cansado y no puedo dejar de pensar en lo que habría pasado si ella no hubiera parado, si la hubiera besado. Espero egoístamente que Carmen la vea, que yo tenga la oportunidad de volver a verla. No quiero molestarla más de lo que ya lo he hecho, pero en este momento no puedo imaginar no volver a verla.

Capítulo 6 - Consuelo

Me doy la vuelta en mi cama por lo que parece ser la millonésima vez. Esta cama está demasiado caliente, incluso con el ventilador y las sábanas echadas hacia atrás. Es porque estamos en Los Ángeles en pleno verano, y no porque cada vez que cierro los ojos veo a Jaime. Ciertamente no es por el sueño que tuve donde su cabeza estaba firmemente asentada entre mis piernas, la lengua me volvía loca de placer antes de que me diera exactamente lo que yo quería. En ese sueño me cogía sin aliento en más de uno de los mejores orgasmos de mi vida y me desperté mojada y jadeante, maldiciendo al universo de que él sea un jugador y que no puede ser real. Ni siquiera mis dedos y mi imaginación son suficientes para deshacerme de la energía sexual que se aferra a mí. Y lo intenté. Múltiples veces.

Ahora estoy dando vueltas, tratando de dormir un par de horas antes del mediodía. Es sábado, así que no tengo adónde ir. Es injusto que no pueda dormir hasta tarde por culpa de un sueño. Me doy la vuelta de nuevo, ajustándome la almohada y cerrando los ojos. Me voy a volver a dormir. Esta vez espero un sueño tranquilo.

En vez de eso, siento la forma en que sus labios se jalaban de la piel de mi muñeca. Recuerdo la presión de su pene duro contra mi pierna. Estoy cara a cara con esos ojos azules oscuros, derritiéndome con la necesidad, esperando a que me bese.

Maldita sea.

Mi cuerpo claramente no entiende la imposibilidad de esta situación, calentándose con sólo pensar en volver a tocar a Jaime. Mi vagina está mojada de nuevo, ese ha sido su estado natural durante las últimas doce horas. Agarro a ciegas mi teléfono, comprobando la hora. Apenas son las seis de la mañana. Gimo, me pongo una almohada en la cabeza. ¿Realmente voy a ser derrotada por mi propio cuerpo? No. Es mi día libre. Por una vez, todo en mi carrera de relaciones públicas está en silencio. No hay un terrible error de alguna celebridad que arreglar, ni un incendio que apagar. Soy libre y me voy a dormir. Eso es todo.

Tan pronto como cierro los ojos me enfrento a la sensación de sus manos sobre las mías mientras me guía en cómo masturbar a alguien. Eres la dueña de su placer.

Me siento y lanzo la almohada a través de la habitación con frustración.

Eso no ayuda. Eso es todo lo contrario de ayudar. Me levanto de la cama, resignándome al hecho de que mi cuerpo no me va a dejar dormir. Me pongo la ropa de entrenamiento más cercana que puedo encontrar, porque lo único que me va a ayudar ahora mismo es forzar a mi cuerpo a someterse, y eso significa sacar cada onza de energía que pueda.

Tomo mi bolso y salgo por la puerta. Mi gimnasio no está lejos, y decido caminar. Una cosa más para gastar energía. A pesar de que es Los Ángeles, y todo el mundo está un poco loco por el gimnasio, todavía es sábado. Sólo las personas más dedicadas -o los insomnes como yo- están en el gimnasio tan temprano un sábado, así que está bastante vacío. No tengo ningún problema en conseguir una buena cinta de correr. Pongo la televisión en el canal de comida, sólo para cambiarlo a las noticias porque están haciendo algún tipo de postre con llovizna de chocolate y lo único en lo que puedo pensar es en Jaime lamiéndolo sobre mi cuerpo.

No entiendo lo que está pasando. Ni siquiera ha pasado un mes desde que tuve sexo de verdad, no debería estar en este tipo de frenesí. Pero no importan las razones. Puedo vencerlo. Subo la velocidad en la cinta y me concentro en la historia de los incendios en las colinas que rodean L.A.

Una hora más tarde, estoy cansada de correr, pero no me detengo. Le di a todas mis máquinas de pesas favoritas. Han pasado unos días desde la última vez que las usé, y ahora parece el momento perfecto. Para cuando termino estoy sudando y temblando de esa manera que me dice que mañana sentiré el tipo de dolor bueno. Es posible que pueda tomar una siesta con lo que he ejercitado, aunque no puedo decir que el ejercicio haya disminuido mi energía sexual. Puedo sentirla hirviendo a fuego lento bajo la superficie, lista para levantarse. Pero al menos estoy un poco menos desesperada.

No puedo volver a esa clase, no puedo volver a verlo. Si lo hago, me rendiré. Sé que lo haré. Dejaré que me lleve a casa, y si es algo como lo que imaginé, le dejaré hacer lo que quiera, todo el tiempo que quiera. Y luego desaparecerá. No sentirá nada, porque sólo será una muesca más en su largo cinturón. Ya he pasado por eso. No voy a hacerlo de nuevo. Así que no pensaré en él, y no volveré a esa clase.

Pongo la ducha tan caliente como puedo soportarla, y se siente increíble. Me quedo bajo el agua más tiempo del que probablemente debería, dejando que alivie mis músculos y relaje mi mente. Desde mi bolso en la pequeña área de cambio, escucho el sonido de un mensaje de texto. Cerrando el agua, me envuelvo en una toalla y busco mi teléfono. Antes de encontrarlo, me

encuentro cara a cara con el consolador de neón.

Ayer, en mi apuro por salir de la tienda, me olvidé dejarlo en su sitio. Veo la sonrisa de Jaime, oigo su voz cuando dice Imagina que es de mi tamaño. Ayer evitaba mirarlo, pero ahora lo hago. Es una réplica detallada, sutiles venas que corren a lo largo de la superficie y la textura suave y flexible como la piel. El remolino de colores de neón lo aleja de la realidad de una manera agradable. Me gusta, los consoladores de color carne siempre me asustan un poco. Lo recojo y recuerdo su nombre. El Mustang. Me gusta cómo se siente en mis manos, lo suficientemente suave como para ser flexible, lo suficientemente firme como para sentirse real. Una curiosidad feroz me atrapa, y antes de que me dé cuenta estoy asegurándome de que la puerta de mi vestuario esté cerrada con llave. Miro afuera para asegurarme de que estoy sola, pero por suerte todavía es temprano y no oigo a nadie más.

Si este juguete se acerca a su tamaño, entonces quiero saber cómo encaja en mí, y cuánto puedo soportar. Levanto el juguete a mis labios, y siento un temblor de ansiedad. Este consolador no es pequeño....

Su voz resuena de nuevo en mi cabeza, y recuerdo la forma en que su aliento se sintió contra mi oído. Confía en ti misma para estar en el momento. Eres una mujer hermosa.

Metó la cabeza del consolador en mi boca, y no puedo evitar imaginar que es él. Que me arrodillo ante él y lo llevo tan profundo como puedo. No puedo sofocar completamente mi gemido, y espero que no haya nadie aquí. Hago exactamente lo que Jaime describió, girando mi lengua alrededor de la cabeza y jugando con el eje. Lo chupo, imaginando la forma en que sus ojos podrían cerrarse cuando lo hago. Agarrando la base, la meto más profundamente en mi boca. Lo tomo tan profundo como puedo, dejando que la punta toque la parte posterior de mi garganta, disfrutando de la suavidad de la superficie del consolador y de la sensación de plenitud que me da.

No me gustaba chupársela a Dario. Ahora sé que a él tampoco le gustó. Pero en comparación, la simple idea de llevar a Jaime a mi boca es mucho más emocionante. Suelto el consolador, respirando. No puedo volver a la clase, pero puedo aguantar esto. He estado tratando de alejar esta excitación, pero mirando este juguete sé que la única manera de encontrar la liberación que mi cuerpo está buscando es aceptándolo. Dejé que se me cayera la toalla, relajándome en el banco y abriendo bien las piernas.

Tomo el juguete y lo pongo contra mí misma, imaginando que no es un juguete. La sensación me quita el aliento mientras la cabeza del Mustang se

desliza dentro de mi vagina. Es lo suficientemente grande como para llenarme, estirándome placenteramente mientras se curva hacia arriba. Este juguete se siente bien, más real que cualquier otra cosa que haya probado. Imagino a Jaime que se mete en mí y que sonrío. El consolador está completamente dentro de mí ahora, la base a ras de mí, y por primera vez en lo que pareció una eternidad, mi mente está clara. Esto es exactamente lo que mi cuerpo quería, aunque no sea de verdad, es lo más cerca que voy a estar.

Comienzo a sacar y a empujar el consolador en mí misma, dejando que mis ojos se cierren, flotando en esta sensación de plenitud y de la fricción. Convoco el sueño de anoche, Jaime sobre mí, sus labios rozando mi clavícula mientras me presiona con sus caderas. En mi sueño le envolví mis piernas alrededor de su cintura mientras me cogía, y trato de imitar esos movimientos con mi mano.

Me estoy quedando sin aliento, una deliciosa presión se acumula dentro de mí. Presionando el Mustang hasta la empuñadura, muevo mi pulgar sobre mi clítoris. Me cojo con golpes cortos y profundos, enviando ráfagas de placer a través de cuerpo. Mis músculos comienzan a temblar incontrolablemente mientras combino los empujes con mis dedos en mi clítoris.

En mi mente puedo escuchar a Jaime gimiendo mientras me embiste, a punto de acabar. Yo también estoy cerca, mordiéndome el labio para no quejarme en medio del vestuario. No puedo parar, me muevo más rápido con las dos manos, y todo sucede a la vez. Con un último deslizamiento de mis dedos, mi orgasmo explota a través de mí. Mi vagina se aprieta sobre el consolador mientras sigo empujando, mi cuerpo sacudiéndose con el poder de mi respuesta. Se me caen los pies del suelo y me ahogo en la sensación. No hay nada que pueda hacer más que aferrarme a la banca mientras soy atormentada por las olas de placer.

Vuelvo a mí misma apoyándome contra la pared del vestuario, respirando con fuerza. No he tenido un orgasmo como ese en mucho tiempo. Ciertamente nunca tuve un orgasmo como ese con Dario. Oigo que la puerta de una taquilla se cierra de golpe, y de un salto me pongo en posición vertical, dándome cuenta ahora de que en realidad no estaba sola. No tengo ni idea de los sonidos que podría haber hecho mientras estaba en la agonía de ese orgasmo, y una descarga sube por mi cuerpo.

Creo que esa es la señal para que me vaya. Rápidamente lavo el consolador y lo vuelvo a meter en mi bolso, y luego me pongo el juego de

ropa de repuesto que tenía en mi bolsa de gimnasia. Salgo del vestuario rápidamente y con la cabeza baja, asegurándome de no hacer contacto visual con la pareja de personas que veo que están en la habitación. El aire de afuera es un soplo de alivio, y me relajo. Mi cuerpo y mi mente se sienten a gusto, y estoy disfrutando del agradable calor entre mis piernas. Definitivamente no puedo devolver ese consolador ahora. Tendré que pagar por ello cuando pueda, pasado mañana, cuando haya pasado el peligro de encontrarme con Jaime.

El día se perfila como un día hermoso a pesar del calor que siempre está presente en esta época del año. El cielo está despejado y el camino de regreso a mi casa es agradable. Me detengo en una de las cafeterías que disfruto y tomo un té caliente. No voy a tomar café, todavía espero poder tomar una siesta más tarde, ahora que mi cuerpo parece estar en un mejor estado de relajación. Cuando doblo en la esquina de mi calle, me doy cuenta de que tiré mis llaves en mi bolso cuando salí de la casa y ahora están flotando en algún lugar en el fondo.

Excavo por el fondo de mi bolso con una mano, haciendo a un lado el consolador, mi teléfono, mi billetera y un montón de otras cosas que han terminado siendo el detrito de mi vida diaria. Puedo oír el tintineo de mis llaves, pero siguen resbalando fuera del alcance de mis dedos. De repente alguien me golpea y casi caigo de culo en la acera. Mi vaso de té y mi bolso vuelan, y estoy mirando a la cara de la pared humana que acaba de derribarme.

Es imposible.

Jaime está parado a mi lado, y ese maldito consolador de neón acaba de salir de mi bolso y aterrizó a sus pies.

Capítulo 7 - Consuelo

Por supuesto. Nunca imaginaría que en una ciudad del tamaño de Los Ángeles, me encontraría con el tipo que estoy tratando de evitar en la calle en la que vivo.

Jaime se agacha, coge el consolador. Me mira, con una sonrisa de reconocimiento deslizándose por su cara—. Veo que te has estado divirtiendo. —dice.

Me ruboriza, me avergüenza que él pensara que yo usaría eso mientras pensaba en él. Aún más avergonzada estoy de que tuviera razón. Agarro mi bolso del suelo y me pongo de pie. El té es una causa perdida. Está por todo el suelo, pero es más sobre mí.

—¿Qué haces aquí?. —le pregunto.

—Soy dueño de un gimnasio. —dice, señalando en la dirección de dónde vengo—. Está a un par de cuadras de aquí. Iba a trabajar.

—Oh. —Recuerdo vagamente un gimnasio de escalada en roca en esa área, y nunca presté atención porque nunca quise hacerlo.

—¿Y tú qué haces aquí?. —me responde.

—Bueno, estaba en el gimnasio. Luego estaba bebiendo té. —gesticulo al suelo—. y ahora, me voy a casa.

Da un paso atrás, extendiendo sus manos en rendición, un gesto que se hace mucho más hilarante con un consolador en las manos—. Escucha, Consuelo. Me alegro de que esto haya pasado. Quería hablar contigo, y después de lo que pasó no estaba seguro de que planearas volver mañana.

—Tienes razón, no lo haré.

—No sé qué pasó. —Se rastrilla el pelo con una mano—. Si fui demasiado rápido, me disculpo de verdad. No quise asustarte ni hacerte sentir incómoda. Nunca querría eso.

Tengo que admitir que no era lo que esperaba. Yo hubiera pensado que me perseguiría para calmar su orgullo herido, para probar que podía conseguir a la chica que quisiera.

Puedo sentir el té derramado empapando mi camisa y el azúcar está poniendo mi piel pegajosa.

Al menos puedo invitarlo a pasar y hablar con él. Eso es todo lo que tiene que pasar. Tal vez si le explico lo que pasó con Dario, él entenderá por qué hui, y por qué no puedo estar con alguien que me trate de la misma

manera. Y si voy a tener esta conversación, lo haré con una camisa limpia.

Apunto hacia mi casa—. Vivo justo ahí. ¿Quieres entrar? Te lo explicaré, y tendré la oportunidad de limpiarme.

—Me encantaría. —dice.

Por fin encuentro mis llaves, que es lo que ha provocado toda esta situación. Me pregunto qué habría hecho si no hubiera estado buscando en mi bolso y lo hubiera visto venir hacia mí. ¿Me habría escondido detrás de un árbol o algo así? Parte de mí espera tener suficiente orgullo para no hacer eso. La otra parte de mí sabe que eso es exactamente lo que habría hecho.

Mi casa está dividida en dos apartamentos separados, y tengo el último piso. Una de las razones por las que me gustó cuando me mudé fue la proximidad a la gente en una emergencia, pero también la privacidad o una entrada separada.

Jaime me sigue por las escaleras y soy muy consciente de lo cerca que está su cuerpo detrás de mí. Eché un ojo alrededor de mi apartamento, asegurándome de que no se viera demasiado desordenado. Una vez que esté segura, lo dejo y seguirme a la cocina. Tiro mi bolso en una silla y me dirijo hacia mi habitación—. Siéntete como en tu casa. Volveré en un segundo.

Me arranco la camisa cubierta de té y la reemplazo rápidamente por otra camiseta, y me aseguro de que sea una de mis camisetas bonitas. Me miro en el espejo, lamentando mi falta de maquillaje mientras me regaño por querer arreglarme. Me paso los dedos por el pelo un par de veces, resignándome a la mirada de mi postproducción de gimnasio mientras le oigo decir algo desde la cocina. Se escucha amortiguado y no lo oigo bien.

Decidir aceptar mi cabello como una pérdida, por lo que lo retuerzo en una cola de caballo mientras regreso a la cocina—. Lo siento, no oí lo que dijiste.

Él sonríe—. Te pregunté por qué te quedaste con el consolador.

La pregunta me toma desprevenida, y me siento congelada, siento que mi cara se vuelve rosa por la vergüenza.

—Me quedé con el consolador porque lo olvidé. —Claramente no es una respuesta aceptable, pero cambio de tema.—. Ahora, ¿Quieres algo de beber?

Me dirijo al refrigerador y decido que evitarlo es la mejor opción—. Tengo agua, soda, café, té.

—Estoy bien. Gracias. —dice. Agarro una botella de agua de la nevera, y cuando me doy la vuelta, él está justo ahí—. ¿Por qué lo guardaste? —Su

voz es un retumbar bajo que siento en mis huesos, y maldigo a mi cuerpo por responder.

Soy muy mala cambiando de tema. Parece que no puedo encontrar mi voz, y cuando capto mis palabras, me tropiezo con ellas—. Fue un accidente. Quise volver a ponerlo en su sitio, y luego todo pasó, me olvidé y...

Él da un paso más cerca de mí y mi voz falla. Parece un déjà vu. Soy tan consciente de la distancia entre él y yo, que el sonido de su voz se siente como una caricia en mi piel—. No tenías que ir tan lejos para imaginar cómo me sentiría.

—Yo no... no es por eso... —La conexión entre mi cerebro y mis palabras se ha cortocircuitado.

Apenas puedo respirar, y mucho menos hablar.

—Eso no es lo que quería, cuando te dije que me imaginaras.

Me recuesto en el refrigerador, dejando que soporte mi peso—. ¿Qué querías?

—Llévate a casa conmigo. —Sonríe, coge mi mano, entrelaza nuestros dedos—. Supongo que no funcionó muy bien.

Se me forma un nudo en la boca del estómago—. Lo sé. Lo siento, puedo explicarlo.

En otro déjà vu, me lleva la muñeca a los labios, y me doy cuenta de que lo está haciendo para recordarme exactamente dónde lo dejamos y adónde tenemos la posibilidad de ir—. No tienes que disculparte ni explicar nada. Pero quiero que sepas que no he podido dejar de pensar en ti, y que no tienes que imaginar nada.

—¿Oh? —Mi voz está temblorosa, y todas las razones por las que quería esto regresan apresuradamente.

—Estoy aquí ahora, y soy una cosa real. —Su sonrisa es malvada, prometiendo darme todo lo que un juguete no puede—. No tienes que contenerte conmigo. —Me empuja contra su cuerpo, y me encanta cómo se siente contra mí, sólido y firme. Verlo desnudo sería glorioso.

Mi cuerpo ya ha tomado su decisión, pero mi mente está latiendo más despacio. Casi nunca están en la misma página, pero sería útil que pudieran trabajar juntos sólo esta vez. Jaime dijo algo cosa que Dario solía decir. Eso es todo. No es justo pintarlo con ese pincel cuando no lo conozco. Y ni siquiera tengo que conocerlo. Lo deseo a él, quiero esto. Quiero aprovechar esta oportunidad para sentir algo bueno y dar un paso adelante.

Sus dedos se deslizan por mi costado, y lucho contra la necesidad de

apoyarme en su tacto mientras su mano toma la parte posterior de mi cuello —. ¿Esto hará que te vayas otra vez?. —pregunta.

Busco dentro de mí por un segundo, buscando cualquier duda que me quede y no encuentro ninguna. Ya tomé mi decisión—. No. Te deseo.

Me lleva los labios a los suyos, y la sensación que me atraviesa es como si me cayera y volara o estuviera en algún lugar intermedio. Ese ardiente deseo que he tenido corriendo a través de mí vuelve a la vida, y puedo sentir que me derrito contra él. Sus manos barren mi espalda y me presionan contra él, y al igual que ayer, puedo sentir lo duro que es. Envuelvo mis brazos alrededor de su cuello, consumida por la sensación de que no estoy lo suficientemente cerca. No recuerdo la última vez que sentí esta necesidad. Pero no importa, porque él está aquí y lo único que lo arreglará es el tacto de su piel.

Me separo de él lo suficiente para que entre por la puerta y entre a la sala de estar. Sé lo que quiero, quiero ser dueña de su placer, y no lo voy a ser en la cocina. No deja de tocarme, incluso mientras lo estoy guiando. Sus dedos están en mis caderas manteniéndome cerca, sus labios inclinados hacia abajo para besarme el cuello. Cada nuevo lugar que encuentra envía ecos deliciosos a lo largo de mi piel, y yo me encuentro sonriendo. No he estado tan feliz desde... desde lo que intencionalmente no voy a pensar ahora mismo.

Empujo a Jaime al sofá y me pongo a horcajadas sobre él antes de que pueda hacer un movimiento. La dureza de su pene está empujando contra mí y la presión sobre mi clítoris me está volviendo loca. Mis caderas se mueven solas, presionando más fuerte sobre él mientras lo beso. Él gime, y yo sonrío contra sus labios. Me encanta que esté tan excitado como yo. Me encanta hacerlo sentir así, y sé exactamente cómo hacerlo sentir aún mejor. Después de todo, me dio una hoja de ruta.

Sus manos ya están en mis caderas, y lo guío hasta el dobladillo de mi camisa, me apoyo en él mientras me la quita. Esta vez es él quien se escapa. Se toma su tiempo con mi sostén, acariciando mi piel mientras me desabrocha los cierres y me quita las correas. Termina de quitarme el sostén, y veo sus ojos mientras me acepta. Nunca he estado completamente cómoda en mi piel, y alguien como él viéndome desnuda normalmente me haría sudar frío. Pero por la forma en que me mira, nunca me he sentido tan sexy.

Jaime desliza sus manos por mis costillas y disfruto cada centímetro de contacto. Continúa hasta que me pone las yemas en los pechos, la aspereza de sus dedos me hace temblar mientras juega con ellos. Cierro los ojos por un

momento, disfrutando de la sensación de acariciar, pellizcar, apretar. No sabía que mis pechos podían sentir tanto. A Dario nunca le gustó jugar con ellos a menos que--

Cerré el pensamiento, abriendo mis ojos justo cuando Jaime me pone la boca encima. Jadeo ante lo inesperado que es. Su lengua se mueve sobre mi pezón y se siente como si me estuviera lamiendo en otra parte, largos zarcillos de placer que se desdobl原因 bajo mi piel. Se mueve hacia mi otro pecho, dejando mi pezón duro y dolorido a su paso. No hay mucho que quiera en este momento aparte de sentir sus labios en mi piel, y lo dejaré tener su turno, pero primero tengo un plan.

Me alejo de él, deslizándome por su cuerpo, de rodillas. Veo la realización de lo que he planeado golpearlo, y comienza a protestar—. Consuelo, no tienes que...

—Esta es tu favorita, ¿verdad? —Le pongo las manos en el pecho, esperando su respuesta.

Veo su garganta moverse mientras traga—. Sí.

—Déjame hacer esto por ti. —le digo, antes de que pueda decir otra cosa—. Después de todo, dijiste que me darías una clase privada.

Me mira mientras le quito el cinturón y le abro la cremallera de los jeans.

—Dije eso.

—Entonces enséñame. —le digo—. Dime qué hacer mientras mi boca está sobre ti.

Ya no puedo controlarme más, y me acerco para tocarle el pene. Incluso a través de la tela de su ropa interior puedo sentir lo rígido que es, y no puedo evitar preguntarme cuánto en realidad se parece al consolador.

Jaime da el paso final, sacándose el pene de la ropa interior. Fue modesto al decir que el consolador era de su tamaño. Éste es más largo y grueso, aunque la curva suave es notablemente similar. Recuerdo lo poco del consolador que pude meter en mi boca, y me pregunto si será lo mismo. Si no puedo, y soy tan mala en esto como Dario dice que soy, entonces Jaime no va a tendrá ninguna experiencia placentera.

Me libero de esos pensamientos, recordando lo que Jaime dijo sobre su mamada perfecta. La confianza y el entusiasmo estaban en lo más alto de la lista. Lo alcanzo de nuevo, tomándolo en mi mano. Pasé mis dedos sobre su piel, jugando con él, rastreando sus venas desde arriba y rodeando su cabeza con mis dedos.

Recordando sus manos sobre mí mientras lo masturbaba con ese consolador, me ruborizo, pero justo en este momento me alegro de que lo hiciera. Cierro mi puño a su alrededor, tirando de él desde la base hasta la punta, tal como me lo mostró. La cabeza de Jaime cae de espaldas contra el sofá y gime.

—Eso se siente increíble, Consuelo. —dice, y aunque me estoy sonrojando, un estallido de placer y orgullo chispea dentro de mí—. Recuerda lo que te enseñé. —añade—. Usa algo de variedad. Gira la mano mientras la mueves, o usa ambas.

Me inclino más hacia él para que tenga una mejor vista de mis pechos, poniendo mis dos manos sobre él. En lugar de usar una sola, hago las dos cosas, girando mis dos manos a su alrededor mientras me muevo hacia arriba y hacia abajo. Deja escapar un largo aliento—. Sí.

Mientras me muevo, recuerdo lo que dijo sobre mi velocidad, y muevo mis manos más rápido, y sonrío ante la forma en que su aliento se acelera. Ahora sé qué hacer. Me inclino hacia abajo, poniendo mis labios contra la punta de su pene. Saco ligeramente mi lengua, barriendo la abertura, y echándome para atrás igual de rápido. Me muevo hacia un lado, dejando que mi lengua y mi boca se rocen contra él, hacia abajo por un lado y hacia arriba por el otro—. Sigue usando tu lengua. —dice, y su voz tiene poco aliento—. Lámeme en todas partes, incluso en las bolas.

Presiono mi lengua contra la base de su pene, lamiendo el fondo, tal como él lo describió en clase. Lo lamo arriba y abajo, usando diferentes patrones con la lengua y asegurándome de que lo cubra todo. Me encanta el sabor de su piel, me encantan los pequeños temblores que puedo sentir en sus músculos cuando toco un punto sensible. Bajando más la cabeza, sigo sus instrucciones y exploro sus pelotas con la lengua. Siseó un poco, y eso me animó a seguir. Las tomo completamente en mi boca, chupando suavemente, continuando con mi rutina de juego.

Puedo decir que está luchando con sus palabras y su voz se oye a través de los dientes apretados—. Necesito tu boca ahora, Consuelo. Chúpame el pene.

Una vez más, recuerdo lo que dijo en clase, y me llevo sólo la punta de él a la boca, chupando tan fuerte como puedo. Me recompensa el sonido de sus blasfemias y sus caderas subiendo hacia mí. Estaría sonriendo si no me fuera imposible sonreír y chuparle el pene al mismo tiempo. Todo lo que dijo que quería, se lo doy.

Tomo todo lo que puedo de él, y me esfuerzo por tomar más. Me arremolino y barbo mi lengua a lo largo de él a medida que retrocedo, asegurándome de mezclar mis patrones para que nunca adivine lo que se avecina. Finalmente, lo miro mientras lo empujo profundamente en mi boca.

Me está mirando, con la respiración entrecortada. Siento que sus manos se entrelazan con mi pelo, soltando mi cola de caballo. Su mano guía mi ritmo y mi velocidad, mostrándome exactamente lo que necesita, y me empuja un poco más profundo.

Está maldiciendo en voz baja, diciéndome lo bien que se siente, y el calor de su expresión se instala en mí y me motiva aún más. Empiezo a usar mis manos también, chupándolo como ninguna otra mamada que he hecho. Sus dedos se tensan en mi pelo y lo miro.

—Voy a acabar. —dice—. Trágatelo. Trágame.

No me detengo para decirle que ese fue siempre el plan, que lo deseo tanto que nunca pensé en otra cosa. En vez de eso, me zambullo en su pene, lo más profundo que he llegado. Sello mis labios alrededor de él y chupo lentamente tirando de su eje. Siento que su pene se tuerce dentro de mi boca, y Jaime gime cuando el primer chorro de su semen golpea mi lengua. Sabe más dulce de lo que esperaba, y me lo trago todo mientras sigue viniendo. Todo su cuerpo se relaja al terminar, y lo miro, soltándolo de mi boca.

—Muéstrame. —dice, y abro la boca para mostrarle lo vacía que está, cómo le quité todo.

No parece estar infeliz, o que lo haya pasado mal. Espero que ir a esa clase me haya servido y que tuviera razón, que yo fuera una buena estudiante. Pero no puedo preguntarle, al menos no todavía. Una vez que le pregunte, sabrá lo mal que está todo. Pero veo cómo sus ojos se oscurecen al mirarme, y sé que aún no hemos terminado.

Capítulo 8 - Jaime

Mierda.

Mirando a Consuelo arrodillada frente a mí, estoy completamente aturdido. Me hizo estar más duro de lo que pensaba, y aun así quiero más de ella. Mi pene está listo para ir de nuevo con sólo mirarla.

Respira con dificultad, un poco de sudor en la piel por el esfuerzo, y maldita sea, es la mujer más hermosa que he visto en mi vida. Y ella claramente estaba prestando atención a lo que dije ayer en clase, hizo todo lo que dije que quería en una mamada, y ni siquiera necesitaba darle las pistas que le di. Sólo lo hice porque ella me lo pidió. Su boca es, con mucho, lo mejor que mi pene ha sentido nunca... por ahora.

Tengo la sensación de que su vagina va a superar eso, y tengo toda la intención de averiguarlo. Me levanto, la pongo de pie y la levanto en mis brazos. Hago una pausa sólo por un momento para coger a ese consolador de la mesa antes de ir en la dirección en la que ella desapareció antes. Su dormitorio debe estar aquí atrás.

—¿Qué estás haciendo?. —pregunta ella, y yo miro hacia abajo para encontrar sus tetas rebotando maravillosamente mientras camino con ella.

Encuentro su dormitorio al final del pasillo, la luz de la mañana entrando por las ventanas y resaltando una cama preciosa.

—Voy a follarte. —le dije mientras la dejaba en el suelo—. y no voy a hacerlo en el sofá.

Su aliento se detiene, y estoy lo suficientemente cerca como para ver cómo sus ojos se abren de par en par con anticipación y excitación. La dejo en la cama, me quito la camisa y me quito los jeans.

Me inclino sobre ella, presionando mis labios contra su estómago y engancho mis dedos en sus leggings.

—Quiero ver esa preciosa vagina tuya. —susurro contra su piel, y siento su estremecimiento. Los leggings se separan de su piel y me hipnotizan sus piernas. Cada pulgada de ellas es suave y la luz que entra hace que su piel brille. Tiro los leggings y vuelvo a su estómago, besando mi camino a esa belleza entre sus piernas.

—Abre las piernas para mí. —le digo, y ella lo hace.

Su vagina es rosa y preciosa, ya húmeda y reluciente. El hecho de que yo haya hecho esto -que su cuerpo está respondiendo al mío- me hace sentir

primitivo y vivo, y me invade la necesidad de probarla. Ella jadea mientras hago contacto, mis labios alisándose sobre su clítoris, la lengua saliendo para jugar. Sabe bien, dulce, floral y femenina. Le paso la lengua por la vagina, acumulando su humedad en mi lengua, lamiéndola hasta dejarla limpia.

Su abertura es demasiado tentadora para resistir, y la cubro con mis labios, trazando los bordes con mi lengua. Ella gime, y lucho contra la sonrisa que juega en mis labios. En vez de eso, sumerjo mi lengua sintiendo sus curvas y su calor. Arrastro su clítoris lo más profundo que puedo dentro de mi boca, y sus caderas empujan hacia arriba.

Me enreda una mano en el pelo, sosteniendo mi cara contra ella mientras trabajo su vagina con largas pinceladas de mi lengua. Está tan excitada que no tardará mucho en acabar. No será la última vez que acabe hoy. Usando mi lengua, me muevo de un lado a otro sobre su clítoris, creando un ritmo lento. Lo mantengo firme, dejando que la excitación aumente, dejando que su cuerpo se acostumbre a la velocidad y busque más. A medida que sus caderas comienzan a moverse contra mí, muevo mi lengua más rápido. Mi balanceo hacia adelante y hacia atrás es como un relámpago, y voy más rápido hasta que no puedo más. Su aliento se vuelve pesado, y la oigo murmurar cosas en voz baja. Sus músculos están empezando a temblar, y sé que ya casi está ahí.

Junto con el movimiento de mi lengua, vuelvo a chupar su clítoris, saboreando el sabor y el grito que se desprende de ella. Sus caderas cabalgan sobre mi cara, y sé que está a segundos de distancia. Le doy a su clítoris una última embestida, chupándola entre mis dientes. Su orgasmo se rompe con un suave llanto, y otro estallido de su dulzura inunda mi lengua. Hago girar mi lengua a través de su vagina, sintiendo sus contracciones debajo de mí, y no alejo mi boca de ella hasta que siento que su cuerpo se relaja.

Suspira, y me encanta lo feliz que suena. Pero no estoy cerca de terminar. Me arrastro por su cuerpo, tomándome mi tiempo. Beso la curva de su cadera, lamo la piel debajo de su pecho, traigo sus pezones a mi boca hasta que los siento endurecerse entre mis labios. Estoy cautivado con la forma en que su cuerpo responde al mío, viendo cómo su piel se ruboriza mientras la toco.

Finalmente, estoy cara a cara con ella, con su cabello rubio enredado a través de las sábanas. La beso, presionando mi cuerpo contra el de ella y deleitándome con la suavidad de su piel.

—Eso estuvo... muy bien. —dice ella, y me río.

Mi propia voz es agitada, por su placer, por el mío y por querer más—.

Me alegro de que pienses eso. Nunca he tomado una clase de cómo lamer una vagina.

Veo sus mejillas ponerse rosadas, y sonrío al ver lo fácil que cambia su piel—. No lo necesitas. —dice ella.

—Hablando de clases. —digo, cogiendo el consolador de donde lo dejé en la cama y trayéndolo para mostrárselo—. Quiero saber algo.

Está mirando el Mustang en mi mano, y me pregunto qué estará pensando. Me pregunto si está recordando lo que hizo con esto después de dejar la clase, de la misma manera que yo no pude evitar fantasear con ella.

—¿Usaste esto para imaginarme?

Sus mejillas ya no son rosadas, han florecido en un rojo ardiente. Pero de todos modos, me mira a los ojos y me dice—. Sí.

Mi pene se me pone duro de nuevo. Muevo el consolador hacia abajo, lo pongo contra su vagina, lo deslizo hacia adentro. Todavía está tan mojada que entra fácilmente, y jadea, con la espalda arqueada. Es una vista preciosa.

—¿Te follaste con él, pensando que era yo?

—Sí. —dice inmediatamente.

Tiro del consolador hacia atrás, casi todo el camino, y lo hundo de vuelta hasta la empuñadura a ras con su piel. Ella jadea de nuevo, y sus ojos se cierran. Me inclino, presionando mis labios contra su oreja.

—¿Has acabado con este juguete?

Se estremece cuando vuelvo a meter el Mustang.

—Sí.

Me la follo lentamente con el juguete, usándolo para calentarla. Mentí un poco cuando dije que este juguete era de mi talla. Sé que soy más grande, pero quería verla sonrojarse—. ¿Quieres saber cómo se siente mi pene?

Sus ojos se abren, y la beso, presionando el consolador profundamente, manteniéndolo en su lugar. Ella asiente con la cabeza mientras la beso y le saco el juguete de la vagina. Se lo llevo a la boca.

—Pruébate a ti misma. —digo en voz baja, y ella lo hace. Abre la boca y me deja poner el juguete dentro. Verla probar su humedad en este juguete es casi tan caliente como ver mi pene en su boca. Un golpe tan fuerte me atraviesa, que sé que no puedo esperar más para estar dentro de ella.

Tomo un condón de mi billetera y me lo pongo. Me encajo entre sus piernas y presiono dentro de ella, y no puedo detener un gemido mientras me sumerjo en su calor. Yo tenía razón, su cuerpo abrazando mi pene es lo mejor que se ha sentido.

Su mirada se vuelve vidriosa mientras empujo hasta la empuñadura.

—Consuelo. —Ella me mira, y la mirada de placer en su rostro ruge a través de mi sistema—. ¿Cómo se siente?

—Bien. —dice ella—. Más que bien.

Manteniendo mi pene dentro de ella, me inclino hacia sus labios.

—No te contengas. —digo, mientras la beso—. Quiero oírte gemir. Quiero oírte gritar. Quiero escucharte decir mi nombre.

Me retiro y me vuelvo a meter, y me siento como en el cielo. Me separo de ella, y empiezo a moverme dentro de s cuerpo. Presiono mis caderas contra ella, asegurándome de tocar su ya sensible clítoris. Trato de ir despacio y es una dulce tortura. Siento una mano en el pecho y me doy cuenta de que he cerrado los ojos. Consuelo me está mirando y está sonriendo. Me rodea la cintura con sus piernas y me acerca.

—Mi vagina no está hecha de cristal. —dice, haciendo eco de mis palabras de ayer—. Puedes darle una buena paliza.

—Consuelo-

Ella mete sus caderas en las mías, y yo dejo de hablar—. Cógeme. — dice ella.

¿Cómo puedo decir que no a eso? Entrelazo los dedos con los suyos, sostengo sus manos contra la cama y me la cojo.

Capítulo 9 - Consuelo

La primera vez que Jaime entró en mí, me pareció ver estrellas. Estaba equivocada. Ahora que me está cogiendo, estoy viendo galaxias.

Se siente mucho más grande que ese consolador, y aunque ese pequeño juguete me dio el mejor orgasmo de mi vida, tengo la sensación de que eso está a punto de cambiar. Le cierro los tobillos sobre su espalda, forzándolo a que se meta más dentro de mí. Cada golpe me llena hasta el borde, y me siento deliciosamente estirada, la ficción desencadenando un fuego salvaje de placer en mi interior. Otro orgasmo se está construyendo dentro de mí, y no estoy lista para ello. Ni siquiera me he recuperado del último. Pero Jaime no va a parar, y no quiero que lo haga.

El sexo nunca se ha sentido tan bien, nada se ha sentido tan bien. Y hay una parte de mi cerebro que se pregunta si realmente fui mala en el sexo, o si nunca había encontrado a alguien que realmente me excitara. Todavía no estoy totalmente convencida, pero sé que voy a pensar en ello más tarde. Ahora mismo no puedo pensar porque la forma en que Jaime se mueve dentro de mí no me deja pensar en nada más que en el placer que me irradia.

La punta de su pene está golpeando un lugar muy dentro de mí que me hace temblar. Ni siquiera sabía que ese lugar existía, pero lo encontró y ahora mi cuerpo quiere gritar su nombre. Esto es demasiado, demasiado bueno.

Se me escapa un gemido, y oigo el jadeo de Jaime. Estoy al borde de otro orgasmo y no sé cuánto más pueda durar. Me acerco a su cara, le aplasto los labios, lo respiro. Envuelvo mis brazos alrededor de sus hombros y fuerzo su cuerpo contra el mío. Tengo antojo de su piel y lo quiero en todas partes. El contacto añadido le hace rozar mi clítoris y mi orgasmo se desliza sobre mí como una ola. Jadeo enérgicamente y su lengua se mete en mi boca. El sabor de mí aún está en su lengua, y eso me encanta. Mi espalda se arquea en un intento de mi cuerpo de llevarlo más adentro.

El placer ha llegado a su punto máximo, pero a diferencia de una ola normal, no ha disminuido. Me dejo llevar por el placer de flotar en este mar brillante. Si pudiera, existiría para siempre en este momento de exquisito placer chisporroteando a través de mis nervios. Mi cuerpo se afloja, y siento las manos de Jaime sobre mi cuerpo. Pasa sus manos por mis costados, las riza bajo mi espalda, inclina mis caderas hacia arriba para tener un mejor ángulo para sus empujes. Todavía estoy en las nebulosas secuelas del

orgasmo, y estoy perfectamente feliz de tenerlo dentro de mí. Se siente bien, y saboreo la sensación de estar llena. Se siente como un bálsamo después de semanas de sentirme completamente vacía.

Algo toca mi clítoris, y mis ojos se abren para encontrar a Jaime sonriendo. Me vuelve a pasar el pulgar por encima y no reconozco el sonido que sale de mí como mi propia voz. Lo hace de nuevo, y siento un feroz rayo de placer. Sacudo la cabeza, es demasiado pronto. Nunca he tenido tantos orgasmos en tan poco tiempo. No creo que mi cuerpo pueda hacerlo. Jaime ralentiza su ritmo, y se concentra en mi clítoris.

—Dije que no te contengas. —Su voz es profunda, y me atrae a esos ojos. Podría perderme en su color.

—No lo estoy haciendo.

—Si lo haces. —dice, apretando mi clítoris entre dos dedos y penetrándome al mismo tiempo—. Déjame oírte. —Puedo sentir la piel de sus muslos apretada contra la mía, y esta sensación de plenitud, de cercanía, es casi demasiada.

—No puedo seguir. —gimoteo.

Otro empujón, otro círculo—. Si puedes. —sus ojos no abandonan los míos—. Y lo harás.

Comienza a empujar de nuevo a toda velocidad, y sus dedos no abandonan mi clítoris. Mis nervios están abrumados, y grito, mi voz resonando por toda la habitación. Cierro la boca con mis manos, sólo para oír la voz de Jaime en mi oído—. Déjalo salir. Déjame oírte.

Me estoy ahogando en sensaciones de fricción y plenitud y en fuegos artificiales, todas girando a través de mí y mareándome. Él no se detiene y tampoco quiero que se detenga. Lo que me pareció demasiado en un momento de repente es todo lo que quiero.

Mis manos están agarrando las mantas, y le ruego que me haga acabar, porque este orgasmo es más grande que los anteriores. Puedo sentirlo venir, una ola como nada que haya sentido antes. Jaime golpea profundamente dentro de mí, y reconozco su frenesí. Él también está cerca.

Con una repentina ráfaga de velocidad, Jaime me lleva al límite. Me oigo gritar, el orgasmo rugiendo en mis oídos mientras acabo. Mi vagina se contrae, apretando su pene y lo siento acabar también, lo oigo gemir mientras se vacía. Me quedo ciega con el placer que corre a través de mi cuerpo, soy capaz sólo de sentir. Los músculos de mi cuerpo están temblando, cada uno de mis nervios está vivo y sintiendo un terremoto.

El subidón pasa lentamente, y vuelvo a mi cuerpo. Jaime está a mi lado ahora, y yo estoy acostada sobre su pecho. No recuerdo como llegué allí, pero no me importa. Mi cuerpo se siente agotado por el placer. Siento que el pecho de Jaime se eleva y cae bajo mi cabeza, y tomo la poca energía que tengo para pasar mis dedos a lo largo de su estómago. No me dio la oportunidad de admirarlo cuando se desnudó, pero es tan guapo como pensé que sería. El tipo de cuerpo que un soldado y un escalador te dará. Me gusta lo sólido que es.

Cierro los ojos, y una repentina ola de cansancio se cierne sobre mí. Recuerdo que no dormí bien porque estaba pensando en este momento, y ahora que está aquí la tentación de dormir es enorme. Pero no me quiero dormir, porque necesito saber si fue bueno para él. Necesito saber qué pensó al respecto. Su pecho empieza a vibrar, y me doy cuenta de que se está riendo. Una sensación de hundimiento se filtra en mis entrañas.

—¿Qué es tan gracioso? —Pregunto, mi voz más pequeña de lo que me gustaría.

Se aleja de debajo de mí para apoyarse en su codo a mi lado—. Me preguntaba por qué demonios fuiste a una clase de sexo. No me malinterpretes, me alegro de que lo hicieras o esto no habría pasado, pero ¿por qué?

—¿Qué quieres decir? —Sacudo la cabeza un poco. La pregunta me viene de nuevo a la cabeza, tal vez no era buena en el sexo antes porque en realidad nunca había tenido un buen compañero. Pero quiero oír lo que quiere decir.

Se ríe de nuevo—. Bueno, ciertamente no necesitas ningún consejo cuando se trata de sexo. O mamadas. —Presiona sus labios contra mi oreja—. No creo que nunca haya acabado tan duro.

Me ruborizo, un calor que se extiende por mi estómago, y se ríe de nuevo—. Me alegro de que te haya gustado. —le dije.

—¿Vas a decirme por qué te fuiste? —Su mano está en mi cadera, dibujando círculos perezosos, y me gusta cómo se siente.

Las palabras no son fáciles, y me encuentro evitando sus ojos—. Yo—
Tengo que aclararme la garganta, todo mi cuerpo enrojeciendo por la vergüenza y la dificultad de decirlo en voz alta.

—Mi ex pareja, cuando rompió conmigo me dijo que era por el sexo, que yo era mala en eso. Especialmente en las mamadas. —Miro a Jaime, y ya no hay sonrisa en su cara. En vez de eso, hay un shock, y veo una chispa de

ira creciente en sus ojos. Miro hacia otro lado otra vez—. Me dijo que el resto de mí no compensaba lo mal que era en la cama.

De repente, los labios de Jaime están en los míos, y estoy abrumada por la ferocidad de su beso. Su cuerpo presiona el mío contra el colchón, y sus brazos me encierran contra él. Su lengua se desliza por mis labios, y yo los abro. Este beso agita algo en mí, un dolor profundo en mi pecho. Es una sensación que no reconozco, y no estoy segura de querer que se vaya. Apenas me deja respirar, y me siento mareada cuando se separa de mí.

Nunca me han besado así, y no me importaría que me besaran así para siempre. Me las arreglo para abrir los ojos, y cuando lo hago, la cara de Jaime está cerca. Habla antes de que pueda preguntarle por qué me besó como si el mundo se acabara.

—Tu ex es un maldito idiota. —dice, con voz fuerte—. Eres exquisita, y sexy. Y es el mejor sexo que he tenido.

Me río por la forma en que me lo dijo, pero no sonrío.

—Cualquiera que haga que alguien como tú se sienta así no merece ser llamado hombre. —dice, apretando otro beso, más suave, en mis labios—. Y cualquiera que tenga la suerte de compartir tu cama debería considerarse un bastardo afortunado.

Me quedo sin aliento, porque está completamente serio—. ¿Crees que eres un bastardo con suerte? —Pregunto.

—Creo que soy el más afortunado de los bastardos. Porque si Carmen no me hubiera pedido que la sustituyera y tú no hubieras entrado a la clase, no estaríamos aquí. Si eso no es suerte, no sé lo que es.

Pienso en eso. Dario y yo nunca tuvimos sexo así. El sexo era bueno, o creía que lo era, pero no era así de explosivo. La forma en que él y Jaime habían reaccionado a mis mamadas no podría haber sido más diferente. A la luz del sexo que tuve, nuevas cosas salen a la luz en mi mente. Dario había ignorado en gran medida mis pechos a menos que decidiera cogérselos. No es de extrañar que me sorprendiera la forma en que Jaime me hacía sentir.

Otro recuerdo sale a la superficie, Dario regañándose por ser ruidosa en múltiples ocasiones. Dijo que era distractor y poco sexy. He estado callada durante el sexo desde entonces. No estoy segura de por qué pensé que eso estaba bien. Supongo que lo amaba lo suficiente como para ignorarlo. Supongo que lo amaba lo suficiente como para ignorarme a mí misma y no darme cuenta de que yo no era el problema.

—¿Dónde acabas de ir? —pregunta Jaime.

Me acerco más a él y dejo que me bese—. Gracias por decir esas cosas.

—¿Me crees?. —dice.

—Sí, te creo.

—¿Pero?

Suspiro—. Pero cuando conoces a alguien tan bien, es difícil no pensar que hay algo de cierto en lo que dice. Tal vez él tenga razón.

Frunce el ceño—. Se equivoca, Consuelo. Eso y cualquier otra cosa que dijera de ti, estaba equivocado.

—Sólo me conoces desde hace un día.

—Incluso si te hubiera conocido hace una hora, él seguiría estando equivocado.

Sonrío, sus palabras se asientan en mi pecho, cálidas y perfectas. Acurrucada en él, finalmente me entrego a la tentación de una siesta.

—Estoy tan cansada. —le dije—. Dormí terriblemente por tu culpa.

Se anima con eso—. ¿Cómo es eso?

—Pregúntame cuando no necesite una siesta tan desesperadamente. — respondo.

Se ríe, y siento que nos pone una manta encima a los dos—. Puedes contar con eso. —Dice, pero ya me estoy desvaneciendo.

Capítulo 10 - Jaime

Consuelo se duerme más rápido que nadie que haya visto. Casi desearía poder tomar una siesta con ella, pero ahora no puedo dormir. ¿Cómo podría hacerlo? Estoy jodidamente electrificado. Quiero correr una maratón y escalar una montaña, tanto para celebrar lo increíble que fue Consuelo, como para sacar los increíbles instintos violentos que estoy teniendo hacia su ex. El tipo necesita un buen puñetazo en la cara. O diez. Incluso si alguien es malo en la cama, ¿Qué te da el derecho de destruir su autoestima? Si necesitas romper con alguien, rompe, pero lo menos que puedes hacer es tratar de salir con el menor daño posible para ambos.

Estoy tan enfadado con el hombre, y sin embargo, hay una parte de mí que está agradecida. Si él no hubiera sido un completo idiota, yo no estaría en esta cama ahora mismo. Consuelo se da la vuelta mientras duerme, y yo la jalo para que su espalda esté contra mi pecho. Después de tantos meses de no sentir nada, y de no admitir que no estaba sintiendo nada, siento que he encontrado una grieta en el hielo. Sé que Consuelo no es una llave mágica para abrir mi alma, pero sé que puedo volver a sentirme así.

Tendré que decirle a Carmen que no necesito que hable bien de mí ahora. De hecho, tal vez pueda convencer a Consuelo de que venga conmigo a ver a Carmen esta noche. La idea de llevarla conmigo a cualquier parte se siente bien. Examino este sentimiento, tratando de discernir si se debe o no al dulce alivio de la conexión o a algo más profundo. Honestamente, no estoy seguro de cuál preferiría que fuera. Por el momento, sin embargo, estoy perfectamente contento de tenerla contra mí, dejándola dormir. En mi lucha contra las pesadillas, he aprendido que es difícil dormir si no te sientes seguro. Me gusta saber que la hago sentir segura.

Enroscando mi brazo alrededor de su estómago, la arropo más sólidamente contra mí, escuchando su respiración y acomodándome para esperar.

A pesar de mis pensamientos, me duermo un rato, aunque nunca me dejé llevar completamente. Pasaron un par de horas antes de que Consuelo se moviera en mis brazos, estirándose y girando para estar de frente a mí. Sus ojos siguen cerrados, pero está sonriendo. El orgullo fluye a través de mí al saber que soy yo el que puso esa sonrisa ahí.

—Hola. —dice ella.

—Hola.

—Me dormí.

Sonrío, tirando de ella para besarla—. Lo hiciste, y estuviste muy sexy mientras lo hacías.

—¿Cómo puedes ser sexy mientras duermes? —Ella se ríe.

—Estabas desnuda y presionada contra mí, créeme que fue sexy. — Siento que mi pene se mueve, y ella también.

Sus ojos se abren de par en par—. Si me haces acabar ahora mismo, podría explotar. Ya he tenido más orgasmos en un día de los que he tenido nunca.

—Tres es lo máximo que has tenido? —Siento que mis cejas se levantan. Ese revelador color rosa colorea sus mejillas.

—Cuatro.

Entrecerré los ojos ante ella—. ¿Cuándo fue el cuarto?

—En el gimnasio. —Se aclara la garganta—. En el vestuario. Con el Mustang. —Me sale una risa a carcajadas.

—Eso es más atrevido de lo que pensaba.

—Olvidé que lo había puesto en mi bolso, y lo encontré mientras estaba en el gimnasio, y después de la noche había tenido...

—¿Quieres decir donde soñaste conmigo? —Me inclino hacia atrás y la pongo encima de mí, y siento que sus pezones se endurecen contra mi piel.

Se ríe a carcajadas—. Sí.

—¿Qué pasó en tus sueños?

—Más o menos exactamente lo que acaba de pasar. —dice, inclinándose hacia abajo y presionando sus labios contra mi piel.

Me lleva los labios por la clavícula hasta el cuello—. pero lo real fue mejor.

—Eso espero.

Ella continúa su exploración de mi piel. Sus labios son suaves, y los quiero en mi pene otra vez. El pensamiento lo hace más difícil, y me alegro de que no pueda ver cuán excitado estoy ahora mismo. Podría pensar que

estoy loco por el sexo.

—Quería preguntarte algo. —le dije.

—Claro.

—La profesora que se enfermó, mi amiga Carmen. —le dije—. Voy a ir a verla esta tarde, a llevarle algo de comida. Me preguntaba si querías venir conmigo.

Su cabeza se levanta, una gran sonrisa en su cara—. ¿Quieres que vaya a algún sitio contigo?

—Por supuesto.

Ella asiente con la cabeza—. Eso sería divertido. Y supongo que debo agradecerle por enfermarse, aunque suene tonto.

—Estaba pensando lo mismo de tu ex. —me río—. aunque quiera pegarle un puñetazo en la cara. —Consuelo se ríe, presionando sus labios contra mi piel—. Creo que me gustaría ver eso. Honestamente, probablemente huiría.

—¿Cómo se llama?

—Dario.

Asiento con la cabeza. Sumando su nombre y sus acciones, suena como un marica. Pero no lo digo en voz alta—. Bueno, si alguna vez nos encontramos, supongo que averiguaremos qué pasa.

—Bueno, espero no volver a verlo. —dice alegremente, deslizándose hacia mí—. ¿Qué tipo de comida quieres llevarle a Carmen?

Debería contestar, pero estoy distraído por el cuerpo desnudo de Consuelo. Abre un cajón y recupera algo de ropa interior. Lo juro, ver a una mujer vestirse es casi más sexy que verla desnudarse. Especialmente cuando ahora puedes mirarla y saber exactamente qué es lo que esconde debajo, cómo se siente, cómo se ilumina su piel bajo tu tacto. Ella se desliza en sus bragas y un sujetador, y me pierdo en sus curvas, ella se da vuelta y me atrapa mirando—. Lo siento. —le dije—. ¿Me hiciste una pregunta?

Ella se ríe—. ¿Qué clase de comida para Carmen?

—Anoche le llevé sopa, así que tal vez algo con más sustancia.

—Hay un restaurante orgánico al final de la calle. —dice, poniéndose un par de jeans—. Tienen cosas muy buenas como batidos y esas cosas, ¿funcionarían?

Asiento con la cabeza—. Perfecto. —Pero todavía estoy absorto en ver como se viste. Se tira de una camisa suelta sin mangas que muestra sus hombros y escote y fluye alrededor de su cintura. La hace parecer

despreocupada y mucho más feliz de lo que parecía ayer.

—Deberías vestirme. —dice ella, sonriéndome.

—Aún espero poder convencerte de que vuelvas aquí. —le digo—. Podemos probar cuántos orgasmos puedes tener en un día.

Consuelo se sube a la cama, se arrastra hacia mí y se sube encima de mí. Agarro sus caderas, dejo que mi pene presione contra sus vaqueros mientras me besa. Es un beso profundo, el tipo de beso que promete algo—. Eso es muy tentador, —dice ella—. Mi vagina no está hecha de cristal, pero necesita un descanso.

Le sonrío—. Suena bien. Porque el descanso me da esperanza para esta noche.

—Vístete. —dice ella—. Tomaré el menú.

Ella se dirige a la cocina y yo me obligo a levantarme de la cama. Mientras me pongo la camisa y los pantalones me pregunto cómo me siento ahora mismo. Siento que ha estado nublado durante meses y el sol ha salido. Me pregunto si es posible que me sienta así todo el tiempo. Eso espero.

Realmente lo espero.

Capítulo 11 - Consuelo

La casa de Carmen no está muy lejos de la mía, dada la naturaleza dispersa de Los Ángeles. Jaime y yo le compramos pollo y verduras a la parrilla en el restaurante de la calle, e insistí en comprarle un batido. Tomo estos batidos todo el tiempo y son deliciosos.

También me desperté de mi siesta sintiéndome mejor que nunca desde el incidente con Dario. No cuestiono las circunstancias, e ignoro la parte lógica de mi cerebro gritándome sobre lo ridículo que es esto. En vez de eso, elijo tomar esta felicidad. Saldré con Jaime, ayudaré a su amiga, dejaré que diga cosas bonitas sobre mí, y tal vez tendré sexo con él de nuevo. Sin ataduras, sin expectativas, sólo tomaré el día para ser feliz.

En la puerta de Carmen, Jaime saca un ladrillo suelto de la pared y tira una llave para dejarnos entrar.

—¡Hola! —Llama a través de la casa, y hay una respuesta sorda en el fondo.

Entramos en la cocina y Jaime pone las bolsas en el mostrador—. Venimos con comida.

—Te dije que no hicieras eso. —Carmen, una pequeña pelirroja que estoy segura de que es una maravilla cuando no está enferma, se arrastra por el pasillo. Está en pijama y francamente parece como si la muerte la estuviera acechando.

Se ríe—. Sean me dijo que me asegurara de que estabas bien.

—Estoy bien. —dice ella.

—Correcto. —dice Jaime—. Lo creo totalmente.

Carmen tose—. Vale, no estoy bien. Pero me siento mejor que ayer. — Finalmente me mira y me ve—. Veo que trajiste compañía.

Le hago un pequeño saludo—. Hola, lo siento.

Jaime pone su mano en la parte baja de mi espalda—. Carmen, quiero que conozcas a Consuelo.

Su cabeza me da vueltas, y de repente me mira de una manera totalmente diferente—. Ohh, —dice ella—. Por supuesto. Hola Consuelo.

—¿Me conoces? —Pregunto.

Carmen señala a Jaime—. Este vino anoche para ver si habías venido a alguna de mis clases. Realmente le causaste una gran impresión.

—Oh, ¿en serio? —Lo miro y se rasca el cuello y mira al suelo—. No

me di cuenta.

—¿Cómo te encontró? —pregunta Carmen, sentada en un taburete en la barra de desayuno.

Jaime empieza a desempacar la comida—. No lo hice. Literalmente nos encontramos cerca del gimnasio.

—Estaba buscando mis llaves en mi bolso, no estaba prestando atención. —Le doy a Carmen su batido. Comienza a beberlo inmediatamente.

—Ustedes son como una escena de comedia romántica. —dice Carmen y se ríe a carcajadas, lo que se convierte en un ataque de tos—. Ugh, no me haré la graciosa ahora mismo. Mi pecho no puede soportarlo.

—¿Cómo se conocieron? —Pregunto.

—Mi novio, Sean, es el mejor amigo de este tipo. —dice Carmen—. Estuvieron juntos en el ejército, y son dueños de un gimnasio. Sean ahora está en Colorado en un viaje de senderismo y Jaime le prometió que me cuidaría.

Jaime pone los ojos en blanco—. No te estoy cuidando.

—Lo haces demasiado. —Ella quita la tapa del pollo que le he dado—. Pero esto es muy bueno, así que lo dejaré pasar. ¿A qué te dedicas, Consuelo?

—Relaciones Públicas. Trabajo para una firma que hace cosas de alto perfil, celebridades, marcas.

—¿Es divertido?. —pregunta ella.

—La mayoría de los días, no, —digo riendo—. La mayoría de los días es una combinación de control de daños y proxenetismo. Me alegro de tener el día libre.

Jaime me guiña el ojo—. Yo también.

Mi cara se pone roja, y Carmen lo ve. Afortunadamente, ella no dice nada—. Voy a usar tu baño. —dice Jaime—. Enseguida vuelvo.

—Claro. —dice Carmen.

Se ha ido antes de que pueda protestar. No le tengo miedo a Carmen, pero siempre estoy un poco nerviosa por estar a solas con gente nueva por primera vez.

—¿Qué quieres saber?. —me pregunta, comiendo un bocado de verduras.

—¿Perdón?

Ella agita su tenedor en la dirección a la que fue Jaime—. Sólo tenemos un par de minutos antes de que vuelva, y responderé cualquier pregunta que tengas antes de que vuelva.

—¿Es un buen tipo? —Me sorprende la velocidad con la que la pregunta sale de mi boca. Supongo que era algo que no quería admitir y que me preguntaba.

Carmen termina de masticar un bocado de pollo—. Es el mejor. Realmente lo es. Ha pasado por algunas cosas, no me corresponde a mí hablar de ellas, pero tiene un buen corazón. Sé que es un cliché, pero es verdad.

Tomo un sorbo de mi batido, la siguiente pregunta se alojó en mi estómago de una manera incómoda—. ¿Es un mujeriego?

Ella me mira, supongo que se pregunta qué es lo que me lleva a hacer esa pregunta—. Ha estado con un buen número de mujeres, si a eso te refieres. Y ha tenido sus razones, pero por si sirve de algo, creo que está buscando algo un poco más serio.

Asiento con la cabeza—. Vale, es bueno saberlo.

No puedo pensar en nada más que quiera preguntarle. Me siento un poco rara preguntándole cosas que probablemente debería preguntarle a él. Escucho la descarga de un inodoro en algún lugar de la casa, y sé que sólo tengo unos segundos si quiero algo más. La siguiente pregunta parece tan pequeña, tan intrascendente, que ni siquiera estoy segura de que valga la pena hacerla, pero lo hago.

—¿Por qué yo?

Ella sonrío—. No me lo dijo. Pero eres la primera en mucho tiempo.

Ni siquiera tengo tiempo para reaccionar ante eso, ya que Jaime regresa a la habitación.

—¿Cómo está el pollo?. —le pregunta a Carmen.

—Está bueno. —dice ella—. Haciéndome sentir mejor. De hecho, quizá pueda volver a clase mañana.

Jaime se ríe—. Ni siquiera lo pienses. Sólo descansa. Tendrás muchas más clases después. —Carmen refunfuña algo en voz baja, pero no está en desacuerdo. Ella mira entre nosotros dos.

—Bueno, gracias por la comida. Se los agradezco.

—No hay problema. —dice Jaime.

—Espera. —Levanta una mano—. No he terminado.

Jaime se ríe, y comparten una mirada. Es una mirada de larga amistad y comprensión.

—Me alegro de que me trajeras comida, pero es un buen día. Y a juzgar por el rollo sexual de ustedes dos, creo que le debes una cena.

Mi cara arde en llamas, y Carmen se ríe—. Soy profesora de sexo, puedo decir cuando dos personas han tenido sexo. Especialmente tan recientemente como ustedes dos.

Jaime se aclara la garganta—. Creo que eso se puede arreglar. —Me mira y sonrío—. Para que conste, iba a invitarte a cenar cuando nos fuéramos.

Carmen murmura algo sobre él, y yo sonrío—. Me encantaría cenar.

—Bien. —dice Carmen—. porque no hay nada peor en una primera cita que estar con una persona enferma.

—No seas tonta. —le digo—. Ha sido un placer conocerte.

—Gracias. —Toma un sorbo de batido—. Espero que puedas verme en mejor estado en algún momento. Ahora salgan a una cita real antes de que tenga que patear el trasero de Jaime.

Se inclina hacia mí, su voz un susurro escénico—. No recuerdo una vez que ella no haya amenazado con patearme el trasero.

—Alguien tiene que mantenerte a raya. —le devuelvo el susurro y su risa llena la habitación. Es un gran sonido, y ahora estoy sonriendo.

—¿Hay algo bueno por aquí?. —pregunta Jaime.

Carmen asiente con la cabeza—. Hay un lugar tailandés increíble a unas cuadras de aquí.

—Eso me suena bien. —digo.

—¿Segura que estarás bien?. —le pregunta.

Ella lo despide con la mano—. Sí. Tengo una lista completa de películas de Lifetime para ver.

—Si tú lo dices. —Toma mi mano—. ¿Lista?

Me gusta la sensación de nuestras manos unidas—. Sí. Espero que te sientas mejor. —le digo a Carmen.

—Adiós, Carmen. —dice Jaime por encima del hombro.

—Volveré a verla mañana. —me dice, mientras doblamos la esquina del pasillo.

—¡Escuché eso! —Carmen grita, y él y yo nos reímos.

Jaime cierra la puerta detrás de nosotros, volviendo a poner la llave en su ladrillo escondido.

—Así que. —dice—. ¿te gustaría ir a cenar conmigo?

—Me encantaría.

Capítulo 12 - Jaime

Carmen no mintió, este lugar tailandés es muy bueno. Mantenemos la conversación durante la cena, y se siente como una verdadera primera cita, aunque no creo que la mayoría de las personas en una primera cita hayan tenido el tipo de sexo que nosotros hemos tenido. Ni Consuelo ni yo nos habíamos dado cuenta de lo hambrientos que estábamos, así que esto ha sido increíble. La comida tailandesa es algo que me encanta, pero rara vez la he comido. Tendré que darle las gracias a Carmen cuando la vea.

—¿Puedo preguntarte algo? —dice Consuelo cuando revisamos el menú de postres. Una pequeña burbuja de ansiedad aparece en mi pecho.

—Claro.

—Mientras estabas en el baño, Carmen me dijo que podía preguntarle lo que quisiera sobre ti.

—Genial. —digo, riendo nerviosamente.

—Y le pregunté si eras un buen tipo.

Pongo mis manos en rendición—. Si dijo que no lo soy, puedo proporcionar testigos.

Ella sonrío—. No, ella dijo que sí. Pero también dijo que habías pasado por algunas cosas. Cosas que a ella no le correspondía compartir, y que eras un buen tipo de todos modos.

La ansiedad es reemplazada por lo que se siente como una roca en mis entrañas—. Oh.

—Me preguntaba qué era, si quieres decírmelo. —dice—. Ahora mismo siento que sabes más de mí que yo de ti.

Asiento con la cabeza y aparece nuestro camarero. Consuelo pide un pastel de chocolate con helado de té verde y yo pido una crème brûlée. Una vez que el camarero ha vuelto a desaparecer, me aclaro la garganta.

—Ayer en la clase les dije que estaba en el ejército.

Ella asiente con la cabeza—. Ejército, ¿verdad?

—Sí. —dije—. Sean salió antes que yo. Estuve en el extranjero, en Oriente Medio, hasta hace dos años. Es duro allá. —Me detengo, reflexionando sobre mis palabras, tratando de averiguar cómo decir la verdad sin decir demasiado—. Vi muchas cosas, gente perdida.

—Lo siento. —dice ella.

—De lo que habla Carmen es de cuando volví. Luché mucho con el

estrés postraumático. Pesadillas. Depresión. Estuve en un lugar oscuro durante mucho tiempo. He mejorado, pero no ha sido fácil. Las pesadillas han empezado a volver recientemente, por eso ha estado preocupada por mí este tiempo.

Hay tristeza y compasión en sus ojos, pero no lástima. Estoy agradecido por eso. Me he acostumbrado a que la lástima sea la respuesta automática de la gente que escucha que lucho contra el estrés postraumático. No es algo que a la gente le guste escuchar, y cuando lo hacen, todo lo que pueden pensar es en lo mal que se sienten por ti.

—¿Estarás bien? —pregunta ella.

Me toma por sorpresa, eso no es lo primero que la gente pregunta. Por lo general dicen que lo sienten primero, y piden más detalles sobre mis pesadillas o mi depresión después. A veces se lanzan a historias sobre sus propias luchas. La respuesta de Consuelo es refrescante.

—Sí. —dije—. Lo estaré. Aunque no sea de inmediato, trabajo duro para poder llegar allí, para poder estar bien. Después de todo, le debo a la gente que perdí el no dejar que esto me rompa, así que hago el esfuerzo.

En sus ojos veo total confianza y creencia. He visto esa mirada antes en mis amigos, y ese tipo de apoyo para cualquiera es suficiente. Verlo en ella después de tan poco tiempo me pone de rodillas y me da suficiente energía como para escalar una montaña. Entonces ella sonrío, y siento como si un rayo de sol me golpeara.

—Bien. —dice ella.

Nos miramos el uno al otro, y ese calor se propaga a través de mí hacia otros lugares. Mi pene, que ha estado medio duro desde que salimos de su casa, decide que ahora es un buen momento para hacerlo con todas sus fuerzas. Quiero estar dentro de ella de nuevo. El camarero trae el postre, y sé que le daré una buena propina. Es el momento perfecto. Nada como un poco de dulzura para poner a una mujer de humor.

Ella muerde su pastel de chocolate, y el sonido que hace es positivamente sexual. Mi propio postre es bueno, pero estoy tan distraído viendo a Consuelo comer el suyo que apenas lo pruebo. Quiero probar el chocolate que está en sus labios y lengua, y me pongo aún más duro porque esa línea de pensamiento me lleva a imaginarme cómo sería con el chocolate por todas partes. Dios, eso sería excitante.

Levanta la vista para verme mirándola, y sonrío nerviosa.

—¿Qué? ¿Tengo algo en la cara?

—No... —digo—. Sólo estaba... imaginando.

Ella da otro mordisco.

—¿Imaginando qué?

Me inclino hacia adelante y bajo la voz—. A ti. Cubierta de chocolate.

Se congela, y veo que su pecho respira más profundamente. Interesante. Supongo que a ella también le gusta esa imagen. Se sacude un poco y me mira de nuevo. Ella ve mi sonrisa y levanta una ceja.

—Si voy a tener chocolate encima, más vale que también haya chocolate en tu pene para lamerlo.

Toda la sangre de mi cuerpo corre a mi pene y me siento mareado. La imagen de Consuelo chupando chocolate de mi pene domina mi cerebro, y no estoy seguro de haber querido algo tan desesperadamente como esto. Consuelo se ríe.

—Pensé que eso llamaría tu atención.

—Algo para poner en mi lista. —le digo.

—¿Oh? ¿Qué más hay ahí?

Le doy otro mordisco a la brûlée.

—Es bastante aburrido en realidad. Muchos objetivos relacionados con la escalada. Me gustaría comprar una casa en algún momento, dejar de alquilarla.

—Muy adulto de tu parte. —sonríe.

—Lo intento.

Terminamos el postre y pago la cena. Consuelo intenta protestar, pero insisto. Cuando se rinde, tiene una pequeña sonrisa, y me pregunto si Dario alguna vez le hizo pagar por ambos. Sólo pensarlo me enfurece. Estoy tentado a preguntarle su apellido sólo para poder ir a decirle lo que pienso. Pero entonces Consuelo pone su mano en la mía cuando salimos del restaurante, y me olvido de Dario.

Ira repentina e irracional... otra señal de estrés postraumático de la que soy muy consciente.

Consuelo me saca a la cálida tarde, el sol aún está muy alto en el cielo. En esta época del año los días son increíblemente largos. Una ventaja de vivir en la costa oeste.

—¿Qué quieres hacer?. —me pregunta.

Sé exactamente lo que quiero hacer, aunque no estoy seguro de que ella esté de acuerdo conmigo.

—Tal vez deberíamos buscar algo de chocolate. —le digo al oído

mientras caminamos hacia mi auto.

Para mi sorpresa, ella no se ríe.

—No estoy segura de estar lista para el chocolate.

—¿Pero? —Pregunto y ella no responde. En vez de eso, se apoya en mi coche, agarra mi camisa y arrastrándome hacia ella, me besa, y mi excitación se dispara. No es un beso que le das a alguien si no quieres cogértelo. Sus tetas están presionadas contra mi pecho, y me encanta cómo se sienten. Deslizo mis manos hacia su culo, apretándolo, arrastrando sus caderas contra mí y mi pene.

Se aleja, respira con dificultad—. Métete en el coche.

Abro la puerta y la meto dentro del auto conmigo. Nunca he estado tan agradecido de que el asiento trasero de mi coche tenga mucho espacio.

—No he hecho esto en mucho tiempo. —le dije.

Está sonriendo—. Yo tampoco.

Me vuelve a besar, y me las arreglo para preguntarle entre besos—. ¿Estás segura de que no quieres volver a mi casa?

—No quiero esperar por eso. —dice, y su voz suena agitada.

Ella se sube encima de mí, y tiro de sus caderas hacia abajo a mi pene, para que ella pueda sentir exactamente lo duro que estoy. Lo mucho que la deseo.

—Eres tan sexy. —le dije. Sus labios en los míos son la única respuesta que obtengo. Me río contra sus labios.

—Esta posición me resulta familiar.

—Va a tener un final diferente. —dice.

—¿Oh?

—Sí. —Me desabrocha el pantalón liberando mi pene. Me agarra, me acaricia, me quita el condón de la mano y me lo hace rodar. Luchamos en nuestra posición para bajarle los pantalones, y su frustración es caliente. Estoy abrumado por lo mucho que quiere esto, y cuando se baja sobre mí, es jodidamente asombroso. Me quejé, y empujé hacia ella. Ella me aprieta el pene, y creo que puedo acabar mucho más rápido de lo que quiero. No quiero que esto termine.

Envolviendo sus brazos alrededor de mi cuello, Consuelo hace rodar sus caderas. Se siente tan bien, y si continúa así, voy a reventar. Puse mis manos en sus caderas, sosteniéndola para mantenerla quieta.

—No tan rápido. —digo. Intenta moverse de nuevo, pero no se lo permito—. Quiero probar mi teoría.

Se echa hacia atrás, mirándome fijamente—. ¿Quieres hablar de una teoría? ¿Ahora? —Empuja sus caderas de nuevo luchando contra mis manos, y la mantengo atada a mi pene. La forma en que se retuerce hace que mis ojos quieran dar vueltas en mi cabeza.

—Mi teoría de que definitivamente puedes tener más de cuatro orgasmos en un día. —digo.

—Cógeme y lo averiguaremos. —Su voz es áspera, desesperada.

Suelto una mano y la pongo entre nosotros, mojándome con sus jugos antes de encontrar su clítoris. El pequeño manojito de nervios está tan hinchado que apenas tengo que tocarlo para que ella responda. Se le cae la cabeza hacia atrás y jadea. Presiono con fuerza mi pulgar contra su clítoris, dando vueltas.

—Mírame, Consuelo. —le digo. Ella no lo hace, muy perdida en la sensación, y meto mi otra mano en su pelo. Pongo su cara contra la mía, y me aseguro de que estemos de frente. No dejo de trabajar su clítoris, y su boca está abierta en un grito silencioso. Me está mirando, pero sé que no me ve, ciega al borde de su orgasmo. Ella está cerca.

—Ven por mí. —digo, y siento que sus músculos se bloquean. Sus espasmos en la vagina me rodean, y aprieto los dientes para evitar que yo mismo me acerque a ese momento.

Finalmente cae de bruces sobre mi hombro, jadeando después.

—Son cinco. —le dije.

—Vas a matarme. —dice ella en mi camisa.

Sonrío mientras muevo mis manos hacia sus caderas—. No creo que nadie haya muerto por demasiados orgasmos.

—Todo es posible.

—Incluyendo que acabes de nuevo. —le digo, y me salgo de ella para volver a entrar. Ella grita en mi hombro, y el autocontrol que creía que me quedaba desaparece. Manteniendo sus caderas firmes, comienzo un ritmo furioso, golpeándola. Sus dedos se clavan en mis brazos mientras me la cojo, y puedo sentir su aliento en mi cuello.

—Jaime. —dice ella. Suena como medio gemido, medio rezo, y mi nombre en sus labios es lo mejor que he oído en todo el día.

Puedo sentir cómo empieza a temblar cuando empieza a acabar otra vez. Su cuerpo se endurece mientras la penetro una y otra vez, dejándome llevar. Me muerde en el hombro mientras cruza el borde conmigo, sus gemidos me sacan aún más placer. Mi orgasmo es un relámpago brillante disparando a

través de mi pene, extendiéndose a través de mi columna vertebral y mareándome.

Nos sentamos juntos, nuestros pulmones luchando por el aire. Las ventanas del coche se han empañado porque, a pesar del calor que hace fuera, estamos aún más calientes. Si alguien pasa, no habrá preguntas sobre lo que estamos haciendo. La jalo hacia atrás suavemente para poder mirarla. Su cara está roja, reluciente de sudor.

—Seis. —le dije, sonriendo.

—Bien. —dice ella, aún sin aliento—. Tú ganas.

—Creo que ambos ganamos.

Consuelo empieza a reír, y me encanta la libertad en el sonido. Nos acomodamos la ropa y nos apretujamos en los asientos delanteros. La llevo a casa y no puedo quitarle las manos de encima, ni siquiera mientras conduzco. Toco su mano, su muslo, incluso trato de llegar más alto cerca de su vagina y ella, juguetona, me aleja la mano. Finalmente, me conformo con su mano. El atar nuestros dedos juntos se siente natural. Sus manos son mucho más pequeñas que las mías, y me encanta.

No hablamos mucho en el camino de regreso, la atmósfera sigue cargada de nuestro sexo y todas las cosas que dijimos.

Cuando llegamos a su casa, salgo con ella y la acompaño a las escaleras, donde se posa un escalón más arriba. Nos acerca a la misma altura.

—¿Te veré mañana? —Pregunto—. ¿En la clase?

Hace una cara exagerada como si estuviera pensando en ello—. No lo sé. Dijiste que no necesitaba las clases.

—Es verdad, lo dije. —Doy un paso más cerca—. Pero quién sabe, puede que conozcas a alguien interesante.

—Bueno, en ese caso--

La corté besándola, y se inclinó hacia mí. Podría pasar todo el día besándola. Me alejo, sintiendo una punzada de satisfacción mientras su cuerpo va tras el mío.

—En ese caso, —le digo—. Te veré mañana.

La vi entrar en su casa antes de irme.

Capítulo 13 - Consuelo

Me aseguro de llevar el consolador conmigo a la clase. Sé que no puedo devolverlo, dado el tiempo que ha estado dentro de mí, pero al menos puedo pagarlo. Por suerte para mí, el mismo apuesto hombre asiático está trabajando en el frente de la tienda. Me imagino que no puedo avergonzarme más de lo que ya lo hice.

Levanta la vista cuando llego al mostrador—. Volviste. Bien. La primera vez es siempre la más difícil.

—Eso es definitivamente cierto. —digo yo, sonriendo ante la insinuación—. Tengo que pagar por algo.... salí accidentalmente de la tienda con uno de los juguetes de prueba después de la clase del viernes.

—¿Cuál?

Miro mis manos, evitando mirarlo a la cara—. El Mustang.

—Buena elección, chica. —dice—. No hay problema, te haré el recibo. Sólo prométeme que disfrutaste...

Lo miro y me muestra una sonrisa cegadora, y me imagino que no hay nada malo en ello.

—Definitivamente.

—Entonces todo está bien.

Me llama para la venta y le doy las gracias. Ni siquiera tuve que sacar el consolador de mi bolso, lo cual estuvo bien.

La gente ya se está reuniendo en el área de las cortinas para la clase, y voy a buscar mi asiento cuando Jaime me intercepta. Me lleva rápidamente por las cortinas y regresa al almacén.

—¿Qué estás haciendo? —susurro.

—El viernes tuve la idea de que si no te hubieras ido podríamos haber terminado aquí. Pensé en lo que te haría entre estas estanterías.

Me presiona contra la pared, besándome de esa manera loca que me hace querer arrancarle la ropa. A regañadientes aparto mis labios de los suyos.

—¿No vas a dar la clase que toda esa gente está esperando?

—Me lo saltaría por esto. —dice, con voz baja y áspera.

Dejé que me presionara contra la pared, y me dejé llevar por la sensación de su cuerpo contra el mío. Ni siquiera ha pasado un día desde la última vez que lo probé, y de alguna manera parece que he echado de menos

el sabor. Paso mis manos por su pecho, y puedo sentir la fuerza escondida bajo su ropa. Lo quiero desnudo de nuevo, pero no aquí. Ahora no. Aunque sus besos son como una droga de la que nunca quiero salir, me las arreglo para separarnos.

—Hay más gente aquí que el viernes. Tienes que hacer la clase.

—¿Y esto?. —pregunta, moviendo sus caderas contra las mías para que pueda sentir la línea rígida de su pene. Trato de detener la sonrisa en mi cara y no puedo.

—Más tarde.

—Te tomo la palabra. —dice, dándome un beso final.

Me dirijo a la puerta antes de que él pueda tirar de mí y convencerme de que me quede en esta habitación para siempre, desnuda y follando.

—Me decepcionaría si no lo hicieras. —le digo cuando llego a la puerta. No me quedo a ver su reacción. En vez de eso, me dirijo al área de la clase y tomo mi asiento, esta vez más atrás. No estaba mintiendo, esta vez hay muchas más mujeres aquí, y no tengo ninguna duda de que es porque las mujeres de la primera clase, que están todas aquí, les contaron a sus amigas sobre el profesor sustituto.

La morena vuelve a sentarse en primera fila, con una camiseta que es notablemente más reveladora que la que usó la última vez. Siento una punzada de nerviosismo. Es preciosa, y está en primera fila. Me besé con él y lo excité. ¿Y si ahora ve lo que lleva puesto y decide que le gusta?

¿Debería sentarme allí?

No tengo la oportunidad de decidirme, porque Jaime entra en la clase, y hay un jadeo colectivo de todas las mujeres en la sala, especialmente las nuevas. Hay prácticamente vítores mientras se da la vuelta para trabajar en hojear el caballete y las ilustraciones. Él también sabe lo que hace, porque cuando se da la vuelta me mira directamente y guiña el ojo. Las mujeres a mi alrededor suspiran, pensando que podría estar guiñándoles el ojo, pero sé que es para mí.

Ahora puedo escuchar los susurros a mi alrededor, y me arrepiento de estar sentada en la parte de atrás de la clase. Hay comentarios sobre todo, desde lo bueno que es hasta lo bien que luce su trasero.

A medida que enseña Jaime, sus palabras se hunden bajo mi piel. Carmen dijo que había estado con un buen número de mujeres. No soy estúpida, sé lo que eso significa, y sé que divertimos un par de días no nos hace exclusivos. Y hay una sala llena de mujeres dispuestas a cogerlo en

cuanto él les insinúe que sí.

Además, es encantador. De repente me pregunto si me he equivocado, si él es un jugador después de todo. Es posible que haya cometido un gran error. Mi instinto burbujea de ansiedad, y siento la necesidad de dejar la clase, sería bastante fácil ya que estoy en la parte de atrás. Pero si me voy, podría seguirme. No quiero ese tipo de escena.

Estoy exagerando. Lo sé, pero estos últimos días no borran el último mes. No sé qué pensar. Estoy demasiada distraída en mi remolino de pensamientos para prestar atención a sus palabras. Pero lo observo. Lo veo mientras me mira a hurtadillas, compartiendo caras y expresiones sutiles cuando alguien más hace una pregunta. Guiña el ojo un par de veces más. No coquetea con nadie más que conmigo. De alguna manera eso me pone aún más nerviosa. Si me equivocaba, si él es un jugador, podría estar jugando muy bien conmigo. Podría estar siguiéndome hasta que consiga lo que quiere de mí y entonces volveré a estar destrozada y vulnerable.

Antes de que me dé cuenta, la clase ha terminado. Hay un aplauso salvaje que es casi ridículo, y Jaime hace una pequeña reverencia. Lucho contra mi malestar. Estoy haciendo algo de la nada. Me siento un poco enferma, los pensamientos persiguiéndose en círculos dentro de mí. Igual que antes, me quedo atrás. Dije más tarde, y le daré esa oportunidad, aunque mi subconsciente podría estar tratando de advertirme. Después de la última hora no sé qué pensar.

La morena de la primera fila se acerca a Jaime, lo envuelve en un abrazo y le da un beso en la mejilla. Cuando se aleja, Jaime mira hacia abajo a sus pechos, que se están desparramando por la parte superior de su cuerpo. Ella le pasa un trozo de papel y él sonríe con esa sonrisa brillante. Se ríen juntos, y mi estómago se desploma. No puedo ver esto. No puedo soportar ver lo que esperaba ante mis propios ojos. Empujo a través de las cortinas de la parte de atrás del salón de clases, mezclándome entre la multitud de gente que aún circulaba en la tienda. Alguien cerca de la puerta me mete un volante en la mano para futuras clases. Apenas consigo decir gracias antes de salir de la tienda y salir al aire libre.

Puedo respirar un poco mejor aquí, pero mi pecho está apretado por la ansiedad y la preocupación y el temor de que hice exactamente lo que dije que no haría, salté a la cama con alguien exactamente como Darío. Necesito algo de tiempo. Necesito salir de aquí. Hoy vino tanta gente a la clase que tuve que estacionar a unas cuadas de distancia. Me dirijo en esa dirección,

tratando de concentrarme en mi respiración y diciéndome que todo está bien. No he tenido un ataque de pánico en mucho tiempo, pero estoy al borde de tenerlo.

Estoy a mitad de camino de mi coche cuando me detengo en medio de la acera. Allí, saliendo de un restaurante, está la última persona que esperaba ver. Es Dario.

Mis músculos se bloquean y no sé qué hacer. Esto no puede ser cierto. Debería dar la vuelta y marcharme, pero estoy arraigada en el lugar. Luego se pone peor, porque mira hacia arriba y me ve. Creo que toda la sangre que hay en mí se va a los dedos de los pies. No estoy lista para esto, no estoy lista para pararme frente a él. Pero no tengo elección, porque viene hacia mí. Siento un terror enfermizo en mi estómago con cada paso que da hacia mí.

—Consuelo. —dice, pareciendo confundido—. Me sorprende verte en esta parte de la ciudad.

—Sí, tenía... una cita.

—¿Me has seguido hasta aquí? —Se ríe después de decirlo, como si estuviera bromeando, pero conozco esa risa y sé que no lo está.

—No. —digo yo—. Me voy ahora mismo, voy a mi coche.

Me mira las manos, y yo también, y me doy cuenta de que estoy sosteniendo el volante rosado de neón para las clases de sexo. El logo del Pleasure Chest está pegado en la parte delantera, y la fuente es lo suficientemente grande como para leerla desde el espacio. Una sonrisa cruel aparece en la cara de Dario.

—Supongo que tu cita fue una de esas clases que ofrecen en esa tienda. Será mejor que renuncies a eso ahora. Una clase no podrá arreglarte.

La ira surge a través de mí, y enderezo mi columna vertebral.

—Eres un imbécil, Dario. —le dije—. Primero, si tomo una clase de lo que sea no es asunto tuyo, y segundo, no soy mala en el sexo. —Uso mis dedos para puntuar sus propias palabras—. No apesto en nada sexual. El problema eres tú.

Las palabras se sienten bien, y me doy cuenta de que realmente las creo. Nunca pensé que era tan mala en todo como él decía, pero no tenía la confianza para decirlo.

Dario parece un poco sorprendido, como si lo último que esperara fuera que yo contradijera lo que había decidido sobre mí. Entonces, sus ojos se entrecerraron, y toda pretensión de amistad desapareció.

—¿Crees que puedes estar en desacuerdo conmigo? He tenido más sexo

que tú, Consuelo. He tenido mejor sexo con otras mujeres. Creo que soy yo el que está en posición de decir si eres buena o no en la cama. —Se ríe en un sonido oscuro y siniestro—. No puedo creer que intentes decirme que me equivoco en esto, pero por otra parte, siempre has sido una zorra tonta.

Las palabras me golpearon en el estómago como un golpe físico, y di un paso atrás, toda la confianza que tenía está desapareciendo. Siento como si se hubiera abierto un agujero debajo de mí, y me estoy cayendo a pesar de estar parada. Dario no se detiene—. Pero supongo que eres demasiado estúpida para saberlo. Te diré algo, me siento generoso hoy. Si me lo pides muy amablemente, tal vez de rodillas, te llevaré a mi casa. Esa clase no te enseñará nada, pero mi nueva novia podría enseñarte algunos trucos que incluso alguien tan desesperada como tú podrá usar.

Estoy mirando hacia la acera, deseando que me trague entera cuando alguien pasa a mi lado. Creo que lo único que haría esto más humillante es que alguien lo presencie, y luego me detengo porque me doy cuenta de que la persona es Jaime, y que tiene a Dario por la camisa contra la pared del restaurante. Siento mi mandíbula abierta, irónicamente igualando la expresión de la cara de Dario.

Oigo la voz de Jaime, y es como si nunca la hubiera oído antes, muerta y sigilosa, como el color negro en la oscuridad de la noche. Es una voz que me hace saber sin duda alguna que ha visto la batalla—. Tú debes ser Dario. —dice—. Quieres dejar de hablar ahora, y quieres irte. Una vez que te vayas, no vuelvas a buscar a Consuelo. ¿Fui claro?

Dario empuja a Jaime—. ¿Quién mierda eres, idiota? ¿Crees que puedes meterte en mis asuntos y decirme qué hacer? Hablaré con ella cuando quiera, y ella me escuchará. Soy lo mejor que le ha pasado a esa puta. Debería patearte el trasero por meter tu nariz donde no te corresponde.

Por un segundo, Jaime no se mueve. Y entonces, una sonrisa aparece en su cara. Donde la sonrisa de Dario puede ser cruel, la de Jaime puede ser aterradora. Estoy contenta de no estar en el lado receptor, y hay una parte significativa de mí que está saltando de alegría porque Dario va a recibir lo que se merece.

Todo sucede tan rápido que apenas puedo verlo. Jaime agarra el brazo de Dario, lo tuerce detrás de él y lo empuja de frente contra la pared. Dario está luchando, pero no va a ninguna parte, sé lo fuerte que es Jaime. Dario está casi llorando, con el hombro dislocado.

Aún con esa sonrisa, Jaime empieza a hablar—. Discúlpate ahora, o no

tendrás una mandíbula con la que seguir hablando.

—¡Lo siento! ¡Lo siento!

Jaime lo arrastra de la pared y lo expulsa. Dario tropieza, apenas se mantiene de pie mientras se da masajes en el brazo. Se interpone entre Jaime y yo—. Estás loco de remate. Quédatela, no es lo suficientemente buena para mí.

Jaime da un paso hacia él, y Dario se va corriendo por la acera, alejándose de nosotros. No para de correr hasta que no podamos verlo más. Tan pronto como desaparece, toda la tensión desaparece del cuerpo de Jaime. Viene a mí, me arrastra a sus brazos, y yo lo dejo—. ¿Estás bien?. — pregunta.

Le cubro la cintura con mis brazos, dejando que el calor de su cuerpo se filtre en el mío. Inclinando mi cara hacia arriba, dejo claro lo que quiero, y Jaime me besa. Exploro su boca con mi lengua, mostrándole lo bien que estoy gracias a él.

—Gracias. —le digo, cuando se aleja—. Eso fue... liberador para mi.

Él sonríe—. Fue un placer.

Ahora que Dario se ha ido y estoy menos asustada, la razón por la que dejé la clase en primer lugar vuelve a mí. Me libero de sus brazos.

—Pero tengo que preguntar por qué estás aquí.

Un destello de dolor se cruza en su cara—. Estoy aquí porque vine a por ti. Desapareciste de nuevo después de clase. No estoy seguro de lo que pasó, ¿por te fuiste así otra vez?

—Vi... —Me muerdo el labio, avergonzada de lo que voy a decir—. Vi a esa morena darte su número. Sólo hemos estado saliendo por un par de días... Pensé que querías irte a casa con ella.

Se ríe—. Ella me dio su número. Y me sugirió algunas formas muy creativas de practicar la clase conmigo. Le dije que no.

—Ella sonreía muchísimo para ser alguien que fue rechazada.

—Ven aquí. —dice, tirando de mí hacia él. Me besa suavemente. Lo siento hasta el fondo, mi cuerpo responde a la honestidad de su beso. Cada parte de mí sufre con la necesidad de más de eso, de más de él—. Cuando le dije que estaba viendo a alguien más, esa chica sonrió y me dijo que era muy, muy afortunada.

Apenas le doy la oportunidad de terminar su frase antes de besarlo de nuevo, duro y profundo. Me devuelve el favor, y siento que este beso podría unirnos. Mi estómago se está hundiendo y volando y no quiero que se acabe

nunca. Estamos contra la pared del restaurante y no sé cómo llegamos allí. Sus manos están en mi pelo y mis manos bajo su camisa. Su lengua me está penetrando de la misma manera que yo quiero que su pene me lo haga a mí.

—Guau. —digo nos separamos para tomar el aire.

—Te cobraré la palabra. —dice, guiándome por la acera hacia su coche—. Aunque es una pena que no tengamos estas clases para vernos, ya que Carmen volverá a enseñar en poco tiempo.

—Por mí está bien, —me río—. especialmente si me dices que no necesito lecciones.

Se mete en el coche, me coge la mano y me da un beso en la palma de la mano—. Las únicas lecciones que me interesa dar ahora son las privadas. —Atándonos los dedos, arranca el coche.

—Entonces, ¿a mi casa o la tuya?

Capítulo 14 - Jaime

Siete meses después del día de San Valentín

—¿Puedo quitarme la venda de los ojos ahora?

Me río—. La respuesta es la misma que la de las últimas cinco veces que preguntaste. Te lo diré cuando puedas.

Ella suspira, y la miro. Está desnuda, excepto por la venda en los ojos, y está a punto de llevar algo más encima. Coloco la bandeja sobre la mesita de noche y me siento a su lado.

—En nuestra primera cita, dije que había algo que realmente quería hacer. ¿Recuerdas lo que era?

Su cara se aprieta bajo la venda de los ojos mientras piensa.

—No.

—No me sorprende, sólo hablamos de ello un segundo. —Sumerjo mi dedo en el chocolate derretido que he puesto en unos cuantos tazones y le toco los labios con el dedo—. Prueba.

Siento su lengua golpear mi dedo y jadea—. Chocolate. Dijiste que me querías cubierta de chocolate.

—Y dijiste que querías chupármelo del pene

Consuelo se lame los labios, y mi pene ya duro empieza a doler ante la vista—. Puedes quitarte la venda de los ojos. —Ella se lo quita, tomando los diferentes tazones de chocolate que he juntado, su sonrisa de oreja a oreja. Esta vez tomo otro dedo de chocolate blanco y se lo aplico sobre el pezón—. Voy a pintarte de chocolate. —le dije.

—No creas que vas a salir limpio de esta. —dice, pintándome una línea de chocolate negro en el pecho.

Pinto flores de chocolate blanco en sus pezones, chocolate oscuro en sus clavículas. Pone diseños abstractos en mi estómago, una huella de mano que gotea sobre mi corazón. Cuando ambos estamos casi cubiertos de chocolate, empiezo mi obra maestra. Uso el chocolate más oscuro que tengo, lentamente dibujando una frase bajando entre sus pechos y hacia su estómago.

—Tienes que mirarte en el espejo. —le dije.

Se chupa un poco de chocolate de los dedos—. ¿Así?

—Sí.

Se pone de pie, cruza el dormitorio hacia el espejo de cuerpo entero y examina el mensaje en su cuerpo. Puedo ver en el espejo que he hecho un

buen trabajo. Las palabras ‘Te casarás conmigo’ destacan claramente sobre el resto de los diseños. Ella se mueve hacia mí.

—¿Hablas en serio?

—Absolutamente.

Su cara irrumpe en la sonrisa más amplia que he visto en mi vida, y la atrapo mientras me vuelve a arrojar a la cama. Nuestros besos saben a chocolate, y algo más profundo—. ¡Sí!. —dice ella, chupando el chocolate de mis labios—. ¡Sí! ¡Absolutamente!.

—Tengo un anillo en el velador. —le dije—. No quería que estuviera cubierto de chocolate.

Ella sonrío—. Es una decisión inteligente.

La voltee sobre la cama—. Te ves tan increíble como pensé que te verías. —le dije—. Diría que te ves comestible.

Mi boca encuentra su pezón, y limpio el chocolate de su piel. Una vez que su pezón está limpio, lo lamo por todas partes. Ella gime mientras saboreo su piel, tratando de ir entre sus piernas. Funciona. Le separo las piernas, presiono un dedo dentro de ella mientras mi boca cae sobre su clítoris. Está empapada, y el sabor puro de sus mezclas con el chocolate en un poderoso e increíble sabor.

Me quedaría aquí para siempre si pudiera.

Empujo un segundo dedo en su vagina, doblando mis dedos hacia arriba para encontrar ese punto áspero. Lo encuentro, sintiendo su cuerpo saltar debajo de mí mientras acaricio mis dedos sobre él. Quiero que acabe, y rápido. Tengo planes para ella hoy, y planeo que acabe todas las veces que pueda.

Me follo a su vagina, golpeando ese punto con mis dedos mientras rozo mis dientes a lo largo de su clítoris hinchado. Ella se estremece mientras lo chupo entre mis labios, mi boca inundada con más de su gusto.

Voy a buscar un condón cuando me detiene.

—¡Espera!

En un instante, ella está frente a mí, con las manos cubiertas de chocolate, extendiéndola sobre mi pene—. ¿Recuerdas lo que dije?

Tengo la boca seca—. No lo puedo olvidar.

Realmente no he sido capaz de hacerlo. La idea de que ella me lama el chocolate del pene ha sido una característica regular en mis fantasías durante meses. Ella se extiende sobre la cama, simplemente sacando la cabeza del borde. Su boca está abierta, y coge una gota de chocolate que cae de la punta

de mi mano. Le meto el pene en la boca y ella se queja. En los meses que llevamos saliendo, sólo ha mejorado con sus habilidades orales. Le gusta esta posición porque puede soportar más de mí. Presiono mi pene más profundamente, sintiendo que la punta toca su garganta.

Ella me chupa mientras me retiro, lamiendo chocolate a medida que me muevo y empujo hacia adentro más profundamente. No quiero acabar todavía, pero no puedo mantenerme fuera de su boca cuando se siente tan bien. Le doy la oportunidad de respirar antes de volver a sumergirme, cogiendo su boca con golpes rápidos y profundos. Consuelo extiende sus manos alrededor de mi trasero, acercándose más, forzándome a llegar más profundo y gimiendo. No sé qué hice para merecer a alguien como ella. Y ahora ella será mía para siempre. Un estallido de felicidad y plenitud tan profundo me atraviesa, y acabo sin avisar.

Ella sella su boca alrededor de mi pene, y no puedo respirar. El orgasmo se siente como si me lo hubieran arrancado de los dedos de los pies. Me deslizo por la boca de Consuelo, y sigo estando medio delirante por el placer de ver cómo sumerge un dedo en chocolate, añadiéndoselo a la boca antes de que tragarlo.

—Joder, eso fue...

No tengo las palabras para describirlo. Creo que nunca las tendré.

Una mirada hacia arriba y hacia abajo de su cuerpo manchado con chocolate y un resplandor de su vagina es todo lo que se necesita para estar completamente duro de nuevo. Me puse con mi condón, la volteeé sobre la cama y entré en ella de un solo golpe. Ella grita, y me encanta el sonido. Se ha vuelto mucho más ruidosa a medida que hemos estado juntos, y cada vez que gime me hace sentir placer chisporroteando directamente en el pene. Me inclino contra ella, todo mi pecho contra su espalda, mis piernas tocando las suyas, mis labios en la parte posterior de su cuello.

Siento que se relaja, se vuelve flexible debajo de mí mientras siente que mi cuerpo la rodea. Mi pene está demasiado duro para tomarme mi tiempo, y lo empujo hacia ella, golpeando un ritmo salvaje. Consuelo está haciendo los sonidos que me gustan, pequeños gemidos de aliento cada vez que la penetro, y me impulsa a follarla más fuerte. La busco con mi mano por debajo, jugando con su clítoris, y me recompensa con un aullido y su cuerpo sacudiéndose por debajo de mí. Sonrío contra la piel de su cuello, besándola allí.

Ella me detiene por un momento, volteándose para que podamos vernos

las caras. No pierdo el tiempo, me adapto a ella y me meto en su cuerpo nuevamente. Nunca me cansaré de cogérmela. Me encanta su cuerpo. Me encanta la forma en que sus tetas rebotan al entrar en ella, me encanta la forma en que su vagina me aprieta cuando acaba, me encanta la forma en que su pelo se enreda en las sábanas cuando arquea la espalda. Consuelo jadea, y luego emite un largo gemido. Su cara se tensa a medida que se acerca, y veo los pequeños músculos de su estómago y muslos espasmódicos a medida que su orgasmo la atraviesa. No estoy muy lejos de ella. Me la follo duro y rápido, y cuando acabo está al borde del placer y el dolor. Digo su nombre mientras me entierro en ella, dejando que mi pene saboree su firmeza.

—Dios, te amo. —le dije.

Sonríe, con los ojos cerrados—. Yo también te amo.

Lamo la piel entre sus pechos y el chocolate que queda allí. Por la forma en que su cuerpo se está relajando, puedo decir que se va a dormir. Nada me gustaría más que dejarla dormir en mis brazos, pero lo primero es lo primero.

—Vamos a ducharnos.

—Más tarde.

Me río—. Por muy delicioso que sea esto, no estoy seguro de que quieras que se te pegue.

Sus ojos se abren lentamente, y asiente con la cabeza—. Es cierto. Claramente es por eso que me voy a casar contigo. Eres la voz de la razón.

La sonrisa en mi cara se siente como si fuera a romperla—. Seré lo que necesites que sea. —Consuelo me besa, y esa misma profunda sensación de satisfacción me invade. Esto es perfecto.

Ella es perfecta.

De repente se aleja, juguetona, saltando de la cama y corriendo hacia el baño, dejando huellas de chocolate en el pasillo. No puedo dejar de sonreír mientras la sigo.

EPÍLOGO -Consuelo

Un año después, Cumbre Donner, Lago Tahoe

Me agarro a la mano de Jaime y él me tira por el borde de la roca. Hago lo mejor que puedo para no caer.

—Buen trabajo, nena.

—¿Por qué dejé que me convencieras de hacer esto de nuevo?

Jaime sonrío y me da una botella de agua—. No te dejaría acabar hasta que dijeras que sí.

—Bien. —murmuro—. Bueno, no puedo esperar hasta la segunda parte de la luna de miel.

—¿Qué parte es esa?. —pregunta, sentado en el borde del acantilado, con las piernas colgando.

Me estiro sobre mi espalda, mirando al cielo—. La parte donde nos acostamos en la playa y la gente me trae cócteles.

—Creo que te refieres a la parte en la que nunca llegamos a la playa porque aún estamos en la cama. —Se inclina sobre mí, tapando el sol y apareciendo en silueta—. La parte en la que te tengo todo para mí durante toda una semana.

Me besa y saboreo la sensación de que mi cuerpo reacciona ante él. Hay un movimiento en mi estómago y un escalofrío de anticipación en mi columna vertebral. Incluso después de todo este tiempo, nunca tengo suficiente de él, y casarme sólo ha hecho que el hambre empeore, o mejore, en realidad. Mi vagina ya está mojada y apenas me ha besado.

—Ya me tienes para ti solo. —le digo.

No dice nada, sólo hace un sonido bajo en la garganta mientras se mueve para besarme el cuello.

—Deberías esperar a que volvamos al hotel. —le digo—. donde pueda ducharme. Estoy sudorosa después de esto... —Hago un gesto hacia la pared rocosa que acabamos de escalar.

Jaime levanta la cabeza y me sonrío.

—Eres la mujer más sexy que conozco, y si crees que un poco de sudor bien merecido va a detenerme, te equivocas.

Me tira de la camisa, exponiendo la piel de mi estómago. Y luego sus dedos están en la cintura de mis pantalones de escalada.

—¿Jaime, aquí?

—¿Por qué no?

No me he ruborizado en mucho tiempo con él, pero ahora sí—. Estamos tan... al descubierto. ¿Qué pasa si alguien nos ve?

Se ríe suavemente.

—Viste que no hay nadie más trepando ahora mismo. Y aunque lo hubieran, no me importaría, me verían complaciendo a mi hermosa esposa, y no creo que nadie quisiera impedirlo.

Sonrío, me encanta cómo me hace sentir que me llamen su esposa. Me saca de mis calcetines y antes de que pueda parpadear, su cabeza está enterrada entre mis piernas. Su boca está caliente y yo jadeo, arqueando la espalda mientras hace girar su lengua a través de mis pliegues. Sabe exactamente cómo estimular mi cuerpo, moviendo su lengua hacia arriba por un lado de mi clítoris y hacia abajo por el otro. Se siente tan bien, que dejé salir un gemido, presionando mis caderas más fuertes contra su boca.

Se ríe, sabiendo lo que me está haciendo, y me encantan las vibraciones en mi piel. Su boca se mueve hacia arriba y hacia abajo, chupando por todas partes, tirando de mi clítoris. Siento su lengua trazar la entrada a mi vagina y sumergirme en él. He aprendido a amar lo que puede hacer con esa lengua, y no me decepciona. La empuja más dentro de mí, casi acariciando ese lugar que me vuelve loca de placer.

Volviendo a mi clítoris, me pellizca con los dientes, y mis caderas se mueven contra él. Mueve la lengua por la parte de abajo, encontrando donde soy más sensible. Me quejo, conociéndolo lo suficiente como para saber que no va a parar hasta que yo acabe. Mi cuerpo ya está amplificado por la escalada, la adrenalina fluye a través de mí, y mi grito resuena en las rocas a medida que me acerco.

Jaime me muele, me chupa más profundo, me saca cada pedacito de orgasmo hasta que me estremezco debajo de él. Sonríe cuando me mira.

—Maldita sea, nena.

—Sí. —Es la única palabra que tengo.

—Me gusta cuando haces ruido.

Me río un poco y se arrastra por mi cuerpo para besarme. Siento su pene colarse a través de sus pantalones cortos, y meto una mano entre nosotros, sintiéndolo a través de la tela.

—Parece que tú también necesitas algo de atención.

Presiona sus labios contra mi oreja.

—Mi pene siempre quiere tu atención.

Presiono mis manos contra su pecho, y nos da la vuelta, así que estoy acostada encima de él, su pene presionando contra mi estómago.

—Me gusta prestarle atención. —le digo.

Desde que nos conocimos, he aprendido a amar las mamadas. Me gusta saber cómo puedo hacer que se sienta y que puedo hacer que pierda la cabeza con placer. Una vez incluso le pedí que me rogara que le pusiera la boca encima. Me encanta lo íntimamente que conocemos el cuerpo del otro y qué hacer exactamente para volver loco al otro. Le saco el pene de los pantalones y está más duro que nunca.

No pierdo el tiempo. Lo llevo a mi boca y me sumerjo profundamente, los gemidos de Jaime son los que resuenan en las rocas ahora. Al principio le gustan los juegos, pero hoy no es el día para eso. Hoy es el día para hacerlo acabar rápido y duro. Trago, mi garganta apretando a su alrededor, y él gime. Tirando hacia atrás, uso mi lengua para estimular la cabeza, antes de presionar hacia abajo. Lo chupo tan fuerte como puedo antes de volver a subir, usando mis dientes para rozar su piel.

Repito el patrón, hacia abajo y hacia arriba, sabiendo que cada vez que lo llevo más profundo lo estoy acercando. Bajo con mi mano, haciendo rodar sus bolas entre mis dedos de la manera que le hace temblar, y siento su pene sacudirse en mi boca. Me echo para atrás una vez más, lamiéndole la cabeza, y se estremece. Sus músculos se tensan, y aunque lo sé, gruñ—. Ya voy. — justo antes de que lo golpee el orgasmo.

La sal explota en mi boca, y la trago. He llegado a amar su sabor, en gran parte porque es algo que nadie más puede tener. Es totalmente mío, y yo soy suya. Lo lamo cuando termina, y sigue goteando en las rocas, jadeando. Me arrastro a su lado, y nos tumbamos juntos, parcialmente vestidos, completamente saciados.

Me mira y todavía no recupera el aliento.

—Soy un idiota.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Dejé los condones en el hotel. —dice—. Si no, te follaría aquí mismo.

Creo que por un momento me pregunto si este es un paso que deberíamos dar. Al menos debería preguntar.

—Estamos casados. Estoy bien sin condón si tú lo estás.

Se congela—. ¿De verdad?

—De verdad.

Se vuelve hacia mí, me extiende la mano, me pasa los dedos por el pelo

y detrás de la nuca, como le gusta hacer cuando hablamos de algo serio.

—¿Y estarías de acuerdo con lo que eso podría significar?

—¿Una familia? —Pregunto, asegurándome de que estamos en la misma sintonía.

—Sí.

Le sonrío.

—Si sucede, entonces estaré más que de acuerdo con ello.

Me besa tan fuerte y tan rápido que pierdo el aliento. Él rueda encima de mí, su pene ya duro de nuevo, y se está colocando contra la entrada de mi vagina.

—¿Estás segura?. —pregunta.

—Estoy segura.

Se desliza dentro de mí, y es como un mundo completamente diferente. La sensación de piel sobre piel es eléctrica, su calor se hunde en mí.

—Mierda. —dice—. Te sientes tan bien.

No creí que pudiera sentirse mejor que antes. Pero esto, la cercanía que siento hacia él, lo es todo. Está tocando lo más profundo de mí, y no hay nada entre nosotros. Todavía estoy excitada, y sólo la sensación de que él entra en mí es asombrosa. Se retira y vuelve a entrar, y hacemos un sonido juntos. Lo envuelvo con mis piernas mientras él establece un ritmo fácil. No es desesperado, no es codicioso, sólo lo suficiente para que ambos disfrutemos de la sensación de fricción.

Me encanta esta sensación, el placer de estar llena una y otra vez y el constante zumbido de mi orgasmo antes de la cima. Jaime me besa y yo le abro la boca para que nuestras lenguas se enreden y podamos compartir nuestro aliento. Jaime se está acercando al final más rápido que yo. Su respiración es irregular, y su ritmo se acelera. Quiero sentirlo acabar dentro de mí por primera vez. Estoy preparada para ello.

—Vas a acabar. —dice.

Sé que no debo discutir con él cuando me está cogiendo—. Sí, señor. —digo, sonriendo.

Mete una mano entre nosotros, con los dedos deslizándose por mi clítoris, y jadeo, porque su tacto me lleva de repente al borde del abismo. Mi cuerpo se pone a toda velocidad, y de repente todo parece más brillante—. Sí

Jaime pellizca mi clítoris, lo golpea y desliza sus dedos sobre él. Las diferentes sensaciones que forman un patrón que mi cuerpo ama. Se frota hacia adelante y hacia atrás en la parte superior, aumentando la presión, y de

repente me estoy esforzando para obtener más en su contra. Junto con sus dedos y sus empujones, el placer crece, se profundiza. El orgasmo se estrella sobre mí en una ola lenta, viniendo desde lo más profundo de mí balanceándome un terremoto. Es silencioso y poderoso, todo mi cuerpo tiembla mientras él sigue cogiéndome.

—Dios. —dice Jaime, que me mira—. Eres tan sexy cuando acabas.

Un segundo después él sigue, y yo cierro los ojos, la repentina sensación del nuevo calor que se propaga a través de mi vagina a medida que él acaba profundamente dentro de mí. Me empuja el pene una y otra vez, deslizándose por última vez cuando termina.

—Eso fue increíble.

—Olvidémonos también de los condones la próxima vez. —digo riendo, a pesar de que estoy recuperando el aliento.

—Antes estaba bromeando sobre no salir del hotel. —dice—. Pero ahora tendré que reconsiderarlo.

—No te preocupes, habrá tiempo de sobra tanto para la playa como para que me folles sin sentido.

Me sonrío, se limpia y se pone la ropa.

—Sin sentido.

—Absolutamente sin sentido. —susurro antes de besarlo.

Nos besamos durante mucho tiempo hasta que nos interrumpe el gruñido de mi estómago. Jaime se ríe, y mira al cielo—. Supongo que eso significa que deberíamos irnos entonces. El almuerzo está en el auto.

Yo gimo, pero él me empuja hasta que me engancho de nuevo a las cuerdas.

—Bien. —digo yo—. Pero debes saber que aunque te quiero, tu esposa nunca va a ser escaladora.

—Puedo vivir con eso.

—Bien. —Asiento con la cabeza—. Después del almuerzo veré si hay algo más que me apetezca.

La sonrisa de Jaime está llena de promesas malvadas mientras me ayuda a bajar por la ladera de la montaña.

FIN